

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »

AVISO IMPORTANTE á los Sres. Suscritores.— Para el buen orden y regularidad de esta administracion, no se remitirá número alguno al que no haya avisado su deseo de continuar la suscripcion antes del 1.º de enero de 1860.



Acercóse á la puerta para escuchar. (Pág. 804, columna 1.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.— Véase el número 50).

Mr. Cros no pensó en nada de lo que llevamos dicho, pero se convenció de que Maricou era el hijo natural del conde de Chevalaine, y princi-

pió á calcular el cómo podria aprovecharse de dicha circunstancia.

El absoluto silencio que habian guardado sus coherederos, que como hijos del país, debian conocer necesariamente los derechos de Maricou, le pareció un complot fraguado en contra suya; porque era de comun interés para los herederos, el destruir las pretensiones del hijo de Mariana; y no asociándolo á aquel interés comun, era una razon innegable el que no contaban con él para nada : esto decidió al banquero á servirse de Maricou como una arma agresiva; y llegó en casa del escribano decidido á apoyar á Ma-

riana, sobre todo si el tesoro existia en realidad. El escribano estaba en su casa y lo recibió al momento.

Mr. Cros tenia la habilidad comun á todo hombre de negocios, y por lo tanto, estuvo hablando mas de una hora de su proyecto de asociacion para colonizar la landa; pues establecer una colonia en el centro de la Francia, le pareció una cosa pintoresca.

En consecuencia hizo desfilas ante los ojos del escribano un sin número de millones, anunciándole que seria el encargado de estender el acta, cuyos honorarios serian enormes, y tomando el

estupor con que el mismo le miraba como una prueba de asentimiento, interpretó favorablemente su silencio, y añadió:

—Os ruego que reflexioneis sobre el particular y prepareis vuestras notas que yo os remitiré las mías.

—Con mucho gusto.

—¡Ah! á propósito; antes de separarnos, desearia saber si es verdad que el conde de Chevalaine ha dejado en la miseria á cierto jóven que dicen ser hijo suyo, llamado..... no recuerdo el nombre.

El escribano no desplegó sus labios.

—Es un bastardo que se llama..... se llama... vos debéis saberlo.....

El escribano continuó impasible.

—¡Ah! sí, ya me acuerdo..... se llama Maricou.

—¿Maricou? exclamó el notario; y bien?

—Me han dicho que ese jóven tenia derecho á llamarse hijo del conde de Chevalaine..... y siendo así..... no podemos dejarlo en la miseria. Pero para tratar de hacer alguna cosa en su favor, desearia estar seguro..... en fin, tener datos positivos que creo podiais facilitarme.

El escribano vaciló al parecer, pues la proposicion de Mr. Cros era muy natural, y como no prometia traspasar los límites de una liberalidad mezquina, le pareció que el banquero hablaba de buena fé y le contestó lo siguiente:

—Caballero, os aseguro que lo que hagais por Maricou no será perdido.

—¡Oh! exclamó Mr. Cros, separándose totalmente de los buenos sentimientos que le habia supuesto su interlocutor; en cuanto a mí no espero de ese holgazan el menor reconocimiento. Lo que hago es por nosotros mismos, porque debemos reparar el inconcebible olvido del conde de Chevalaine..... que, aquí para entre nosotros, es innoble.

—Aun no se ha abierto el testamento; replicó el notario.

Ya hemos dicho que Mr. Cros tenia una presencia de espíritu sorprendente en tratándose de dinero, por lo que le contestó al momento con aparente indolencia.

—Es verdad, pero la ausencia de uno de los herederos, el día designado para la apertura del testamento, lo inutiliza completamente, y entonces las particiones se harán segun la ley, y el testamento se anulará irremisiblemente.

El notario se replegó en sí mismo al oír aquellas palabras, pero no sin que Mr. Cros adivinara que le ocultaba alguna cosa.

—Teneis razon, le contestó, puede suceder muy bien lo que decís.

—Y entonces, prosiguió el banquero, ese jóven no heredará nada; á menos que el conde de Chevalaine lo haya reconocido en una acta que presente al hacerse las particiones.....

El escribano guardó silencio.

—O bien, añadió Mr. Cros, que le haya dado su parte en metálico..... porque debia tener mucho dinero. El producto de sus fincas está evaluado en unos ochenta mil francos anuales y no gastaba mas que quince ó veinte mil..... Por lo tanto, debe haber capitales depositados..... ya sea en casa de algun banquero..... ó en papel del Estado..... porque el conde de Chevalaine no era hombre de guardar su dinero en un cofre; aunque

hay personas que prefieren enterrar su dinero en vez de colocarlo para que les produzca..... vos debéis tener algunas noticias de esto, segun me han dicho.

El notario se encastilló en un profundo silencio, porque la primera palabra que se le habia escapado habia sido demasiado bien recogida, para que se espusiera á soltar la segunda.....

Pero Mr. Cros, que no tenia palabras que comentar, comentó su silencio diciendo para sus adentros:

—Este escribano sabe mas de lo que aparenta, y si no me engaño, es partidario de nuestros enemigos, que quieren, sin duda alguna, destruir los derechos de Maricou, y hacerme al mismo tiempo una jugarreta. Estoy solo contra todos..... y no me queda mas partido que el de apoyar á los que quieren despojar, incluyéndome tambien en sus proyectos, sin duda ninguna.

Y despues de haber tomado esta determinacion, se despidió del notario diciéndole:

—Caballero, no tengo mas que deciros, siento mucho que mis buenas intenciones para con ese jóven no hayan tenido eco en vuestro corazon; pero, en fin, haré por él lo que pueda; entre tanto os suplico que no olvideis el negocio que os he comunicado.

Mr. Cros dejó á Ribay poco satisfecho de su visita, pero decidido á tomar el partido de Mariana.

Burlaudas esperaba á Mr. Cros en la posada en que habia dejado su caballo, y por órden del banquero habia mandado preparar una comida de las mejores.

Nuestro agrimensor, que habia creído reconocer en Mr. Cros, lo que se llama en provincia un pulcro, es decir un hombre que se incomoda al ver un vaso poco limpio, ó la mancha de un mantel, habia hecho preparar la comida en una habitacion que él mismo habia arreglado.

Pero Mr. Cros, que sabia abandonar en caso necesario las comodidades de Paris, le dijo:

—Y bien, ¿dónde comemos?

—Arriba en el cuarto de la posadera.

—¿Y por qué no comemos aquí como todo el mundo? repuso el banquero..... ¿Se os figura tal vez, que lo que es bueno para estos señores, y señalaba á dos labriegos sentados á la mesa, no es bueno para nosotros?..... Sois muy aristócrata, señor Burlaudas.

—Caballero, ha sido por vos.

—¿Por mí? yo no tengo pizca de orgullo, repuso Mr. Cros, y si estos señores quieren que echemos un trago juntos, me alegraré infinito.

Aquellas palabras hicieron una revolucion en la posada; el cubierto del parisien lo bajaron sobre la marcha y los campesinos se confundieron en saludos y agradecimientos para con Mr. Cros.

—¡Diablo! exclamó uno de los dos, he aquí un buen amo, y me alegraria infinito que le tocara la propiedad de Barrouillet.

—¿Sois su colono?

—Sí señor. Y seguramente no seréis tan tirano como el conde de Chevalaine, al que le he dado lo mejor de mi sangre con los exorbitantes arrendamientos que le he pagado.

—¿Los habiais aceptado?

—Sí señor..... y esa es mi falta..... como soy hijo del país, no he querido salir de él, y si esto continúa, el año que viene me encontraré sin tener pan con que alimentar á mis hijos.

—Lo que me decís del difunto conde me sorprende sobremedera; porque decian que era muy humano.

—Vaya una humanidad, no era capaz de perdonarle á un pobre colon o un real..... por lo tanto, si no ha hecho fundir su dinero, debéis encontrar barricas llenas de oro.

Esto confirmó á Mr. Cros en la idea de que pudiera existir el tesoro; pero al mismo tiempo reflexionó que dichos rumores debian tener en expectativa á todos sus coherederos, por lo que repuso.

—Amigo mio, los que parecen ricos son mas pobres muchas veces que aquellos que los envidian; en fin, ello dirá.....

—Ya está todo dicho, repuso el labriego, y os aseguro que, á menos que se lo haya dado á Maricou bajo mano, debe haber montones de oro.

La posibilidad de lo que le habia dicho Mariana se le presentaba á cada momento al banquero como un sueño deslumbrador.

Por lo tanto entró en conversacion y poco á poco se enteró del asesinato de Mme. de Chevalaine, y de la acusacion de Mariana destruida por el conde.

Todo esto fué para él una luz inmensa, y comprendió súbitamente las palabras de aquella mujer: «No se habrá atrevido á enseñar el pasado secreto..... porque hubiera sido decir por donde.....»

Lo que significaba para el banquero, que el mismo pasadizo que conducia al sitio en que estaba el tesoro, habia dado paso á la envenenadora; en vista de lo cual, se alejó Mr. Cros de Ribay decidido á introducir á Mariana en el castillo.

VI.

Tomó, pues, el camino del castillo en compañía de Burlaudas, no solo como guía, sino para que le guardase las espaldas.

La revelacion de los crímenes imputados á Mariana, al mismo tiempo que le demostraban la verdad de lo que le habia comunicado, impresionaron su espíritu con un profundo terror, por las consecuencias que pudieran sobrevenir, de las relaciones que habia contraído con dicha mujer.

La vuelta fué silenciosa.

Mr. Cros combinaba todos los medios que le sugería su imaginacion para apropiarse el tesoro caso de que existiera, y no podia encontrar ninguno exento de inconvenientes; porque comprendia el robo de distinto modo que lo suelen comprender los ladrones.

La probidad de Mr. Cros era demasiado superior para concebir aquel pensamiento; pero conocia el arte de vender créditos incobrables al cincuenta por ciento de rebaja, convencido de que no podrian realizarse nunca, á lo que no llamaba robar; siendo cuenta de los adquirentes el tomar las informaciones necesarias antes de comprarlos. Por lo tanto, en el caso que se encontraba, no se hubiera atrevido á tocar á una sola moneda de las que estaban amontonadas en los subterráneos del castillo; pero lo hubiera comprado por mil escudos, sabiendo que encerraba dichas riquezas..... sin tener el menor escrúpulo. Sin embargo, no podia decidirse á renunciar.

completamente a la idea de apoderarse de aquella fortuna desconocida, y tomó una resolución que ha sido la que han tomado, mas á menudo de lo que se cree, los genios mas superiores del mundo, siendo la de esperar de la casualidad, del sitio ó de las circunstancias, la inspiración que debia determinar su conducta.

—Cuando vea el tesoro, se decía á sí mismo, cuando me cerciore de su existencia y su totalidad, entonces..... tomaré mi partido. Este es el sentimiento que ha imperado en los mas grandes generales, para esperar la inspiración que debia darles la victoria en el mismo campo de batalla.

De esta manera fué como Mr. Cros consiguió tranquilizarse alguna cosa. Ya estaban dando vista al castillo, y el crepúsculo vespertino iba desplegando sus sombras sobre el mundo, cuando encontró en la enrucijada de dos senderos al mismo Brigaut que tanto le habia asustado por la mañana.

Burlaudas se detuvo, y dijo á Mr. Cros:

—Hé aquí á Brigaut que va á guiarnos al castillo; por lo cual me parece que puedo volverme á mi casa.

—Es inútil, dijo Mr. Cros, dormiréis esta noche en él.

Burlaudas, que habia enviado á su casa los restos de la comida del banquero, calculó que seria una boca menos y le dió las gracias.

Brigaut se aproximó á Mr. Cros, diciéndole:

—¿Estais pronto á cumplir vuestra promesa?

—Sin duda ninguna, repuso Mr. Cros.

—Entonces hasta media noche.

—Convenido, contestó el banquero.

Burlaudas, que no habia oido las primeras palabras de Brigaut, percibió solamente las de « hasta media noche. »

Para el parisien que ha oido tantas veces resonar dicha hora en los teatros del melodrama, se transforma para él en una hora ridícula; pero en el Bajo-Maine, en donde los espíritus de los campesinos eran menos literarios, tenia toda su fuerza mágica; por lo tanto, cuando Burlaudas oyó la hora de la cita, se quedó mirando á Mr. Cros estupefacto.

—¡Hasta media noche! le dijo. ¿Teneis por ventura una cita con este hombre á esa hora?...

Mr. Cros, contrariado de dicha observación, le contestó:

—Nada tengo que ver con ese hombre.

—Mejor para vos, repuso el agrimensor. La hora de la media noche..... es en la que hacen los maleficios, lo mismo ese que Mariana y los demás.

—¡De sus maleficios! exclamó Mr. Cros riéndose. ¿Créis tal vez en esas necedades?

—¡Ah, señor! replicó Burlaudas, el colono Vernière no queria creerlo, y aceptó una cita á media noche que le propuso el mismo Brigaut, á fin de encontrar un caballo que le habian robado.

—Y bien, dijo Mr. Cros, ¿aceptó la cita?

—Sí señor.

—¿Y encontró su caballo?

—Ya lo creo, cuando volvió á su casa se lo encontró en la puerta de la cuadra.

—Pues entonces, me parece que no hizo mal el colono en ir á la cita.

—¿Lo créis así? Pues, escuchad. Al otro día Vernière quiso montar su caballo; pero aun no distaba de su casa doscientos pasos, cuando este

se desbocó y lo tiró al suelo, arrastrándole hasta el sitio en que habia tenido lugar el maleficio, por cuyo medio lo habia encontrado. Vernière estaba muerto. Su hijo mató el caballo, que estaba poseído indudablemente, y se quejó al Procurador del rey; pero este pretendió que no podia perseguir á nadie por haberse desbocado un caballo. ¡Ah, señor! os aseguro que la justicia de aquí es muy singular; en cuanto á mi, añadió bajando la voz, os juro que quemaria á esos miserables, como si fueran un enjambre de avispas.

—Está bien, le contestó Mr. Cros, el que, si bien todas aquellas cosas las tenia por consejos del país, no dejaban de influir en su ánimo, por mas que no quisiera convenir en ello.

En esta disposición entró en el castillo, y fué cuando le dijo á Gros-René que le pidiera al conserje la llave del parque.

Este se la habia dado al ayuda de cámara del banquero sin la menor observación, y hacia largo tiempo que Mr. Cros la tenia en su poder, cuando Mr. Camilo Perrin se decidió á subir á su cuarto, donde encontró á Mr. Cros ante un par de pistolas cargadas, esperando que sonase la hora fatal de la media noche.

Mr. Perrin abordó la cuestión sin rodeos, y le reveló lo que habia dicho Gros-René, lo que sabia Mr. de Fernic, y el banquero le contó lo que ya conoce el lector.

Aunque Mr. Cros refirió los acontecimientos á su modo, Mr. Perrin descubrió en él toda la verdad de sus tribulaciones, y la avidez que le habia impulsado para asegurarse de la existencia del pretendido tesoro.

Pero Mr. Perrin, que conocia á Mr. Cros, no se detuvo en dicha circunstancia, llamándole la atención, sobre todo, el que siendo el nacimiento de Maricou una cosa indudable, hubieran guardado tan profundo secreto para con Mr. Cros.

—Tened cuidado, le dijo, estamos entre personas para las que vuestra cualidad de parisien las absuelve de todo lo que pudieran tramocar contra vos. Ya han tratado de hacerlo conmigo, luego despues se han dirigido á vos, y probablemente no olvidarán á Mme. Cros, que siendo la verdadera heredera, estará mas espuesta que nosotros á caer en sus redes. ¿En qué parte del castillo habita?

—No lo sé á punto fijo, le contestó Mr. Cros; pero creo que debe ser en el ala opuesta.

—Entonces no debemos dejarla sola, dijo Mr. Perrin, porque en todo esto veo una intriga de que debemos guardarnos; por consiguiente, vamos á su habitación.

Pero Mr. Cros le dijo:

—Mr. Perrin, ya son las doce, ¿y si ese tesoro existiera?.....

Entonces Mr. Perrin fijó en el banquero una de esas miradas que desconciertan al hombre mas intrépido en los malos proyectos; Mr. Cros se sonrojó, y seguro su interlocutor de que habia sido comprendido, repuso:

—Eso mas habrá para la sucesión.

Mas, furioso el banquero de haber sido dominado, á pesar suyo, por la mirada de Mr. Perrin, se aprovechó de lo que este le habia dicho, para darle una apariencia honrada á la cita que tenia con Mariana.

—Seguramente, repuso, será una cantidad mas que entrará en partición; pero para eso seria me nester probar la existencia de ese tesoro; porque ¿de qué me serviría decir que lo hay, si realmente no existe? El misterio que se nos ha hecho de la posición de Mariana, puede hacernos presumir que sabe muchas cosas que nosotros ignoramos, y me parecia una precaución excelente de asegurarnos en primer lugar de la verdad de su aserto.

—Bajo ese punto de vista, dijo Mr. Perrin con amarga sonrisa, tal vez tengais razon; pero no olvideis que no teneis mas derechos personales que los de Mme. Cros, y que si intentan algo contra ella, no sereis mas que un cero á la izquierda.

—¿Qué quereis decir? serian capaces de atentar contra mi mujer?

—¡Quién sabe! repuso Mr. Perrin, en cuanto á mi, no dudo de nada, porque ya han querido enterrarme vivo esta mañana.

—¡A vos! exclamó el banquero.

—Sí señor, á mí: y en seguida Mr. Perrin le contó todo lo que le habia pasado en las barracas.

Al oír la narración de Mr. Perrin, la vaga inquietud del banquero, que flotaba entre la avaricia, un miedo instintivo y una duda desdeñosa, se trasformó en un sorprendente terror, con la misma rapidez que cambia de dirección la veleta de una torre al soplo del vendaval.

Mr. Cros tuvo miedo; pero un miedo tan intenso... que cuando su interlocutor le dijo: « Debeis comprender que es prudente el asegurarnos si amenaza algun peligro á vuestra mujer, » dando al mismo tiempo un paso hacia la puerta, Mr. Cros se abalanzó hacia él, exclamando:

—¡Os sigo!.....

Mr. Perrin se detuvo y le dijo al banquero:

—Sin embargo, me parece que no seria prudente dejar abandonada esta habitación, si es cierto, como ha dicho Mariana, que conduce al sitio en que está oculto el tesoro; por lo tanto, id vos á ver á Mme. Cros.

—¿Solo?..... repuso el banquero con toda la ingenuidad del terror.

Mr. Camilo Perrin, que sabia perfectamente que no es posible razonar con dicho sentimiento, le dijo:

—¡Pues bien! Puesto que estais armado y no teneis nada que temer, quedaos aquí.

—Pero ¿y mi mujer? Desearia saber.....

Lo que equivalia á decir claramente que no queria, ni ir solo, ni quedarse solo.

—Entonces, prosiguió Mr. Perrin, podemos cerrar la puerta con llave y despues volveremos.

No le disgustó la proposición á Mr. Cros, y en consecuencia, dejaron ambos la habitación Verde.

Debemos recordar que cuando Gros-René se habia visto obligado por Mr. Perrin á decir lo que sabia sobre la tribulación del banquero, habia exigido que se alejase Mr. de Fernic, que era sin duda el que tenia menos interés en la herencia; porque si bien se alegraba de que heredase su abuela una fortuna considerable, de la cual era el único heredero, no tenia formado ningun plan para el presente.

Habia comprendido que á Mlle. Lucía de Chevalaine le hubiera agradado el asociar su parte con las esperanzas que podia tener en el porve-

nir; pero aquella beldad, verdaderamente hercúlea, no le agradaba al joven marino, gustándole mucho mas un tipo elegante, débil, distinguido y alegre, como el de Mme. Cros.

Pero como esta estaba casada, no podia fijar sus ojos en ella sino para hablarla de un amor ilegítimo, y por lo tanto, desde el primer día habia tratado de prevenirla por medio de infinitas atenciones, que en él tenia un esclavo pronto á complacerla.

Mme. Cros se habia apercebido de la pretension del marino; pero era demasiado elegante y hermoso para que se incomodara, y en consecuencia aceptó de dichas atenciones lo que necesitaba exactamente para probar á Mlle. Lucía de Chevalaine, que si no aceptaba el amor de Mr. de Fernic, no era por culpa de él.

Los acontecimientos de aquel día habian sido demasiado graves para que se hubieran ocupado de aquella mútua coqueteria; y cuando Mr. de Fernic se dirigió á su habitacion, no penso mas que en el duelo que debia tener al día siguiente con su gigantesco primo, el caballero de Chevalaine.

Pero para entrar en su cuarto, tenia que pasar por delante de la puerta de Mme. Cros, y al acercarse á ella, oyó distintamente la voz de un hombre, y pensó que no podia ser la de Mr. Perrin, pues acababa de separarse de él, ni la de Mr. Cros, porque Gros-René habia dicho que estaba en su cuarto.

¿Seria tal vez el cura, ó Mr. Blanchet?

Frans se detuvo, y reconoció la voz de Maricou.

Para que nuestros lectores comprendan perfectamente la escena que tuvo lugar, necesitamos describir el sitio. Imaginaos un corredor estenso, en el cual se abrian las puertas de muchas habitaciones, y cortado en sus extremos por dos pasadizos que desembocaban en las alas laterales del castillo, en las cuales habia dos ó tres escaleras de servicio.

En el momento en que Mr. de Fernic reconoció la voz de Maricou, se apoderó de él una inmensa curiosidad por saber lo que un hombre de aquella especie hacia en semejante hora en la habitacion de una señora como Mme. Cros.

Acercóse, pues, á la puerta para escuchar la conversacion; pero en aquel momento se le ocurrió de que si pasaba alguno por casualidad, le verian escuchando, y por lo tanto apagó la bujía que tenia en la mano, sin reflexionar en la fealdad de la accion que iba á ejecutar.

Debemos decir, en justicia, que Mr. de Fernic se hubiera abstenido de cometer aquella accion como de un crimen, si lo hubiera ejecutado por un sentimiento de avaricia, ó por cualquiera cosa que no hubiera sido ese deseo imperioso que sentimos por una mujer que no nos pertenece.

Pero el hombre hace en ciertos casos unas transacciones admirables con su conciencia.

Lo que Mr. de Fernic no hubiera hecho por un millon, lo hacia con una mujer, al pensar que su hermosa parienta pudiera tener un capricho extravagante por el hermoso Maricou.

—Tiene un marido que es un rinoceronte, dijo para sus adentros, y por lo tanto, es probable que se consuele en Paris con un joven elegante y distinguido.... ó tal vez con dos á la vez. En consecuencia, esa mujer, que conoce tal vez el encanto de lo desconocido, se habrá dejado llevar

por el atractivo de una aventura que le prometia emociones enteramente nuevas para ella.

Es inútil decir todos los pensamientos que asaltaron al caballero en aquel momento; pero lo cierto es que con una decision tan rápida como las suposiciones que hemos anotado, apagó la bujía y se puso á escuchar.

Se aseguró de que era Maricou el que hablaba; pero no pudo percibir ni una sola palabra de lo que decia.

Sin embargo, al ver que aquel hablaba continuamente sin que Mme. Cros le interrumpiera, adivinó que Maricou le contaba alguna cosa, en vez de hacerla una declaracion de amor, y se abochornó de lo que habia hecho. Por lo tanto, se decidió á alejarse; pero aun no habia dado dos pasos, cuando oyó una voz que le dijo muy quedo:

—Sí, caballero Frans; el bello Maricou os reemplaza en este momento.

Mr. de Fernic reconoció la voz de Mlle. de Chevalaine, y si no se hubiera sorprendido profundamente al haberse visto cogido en su culpable accion, se hubiera preguntado sin duda, por qué casualidad se encontraba su prima junto á aquella puerta, y habria comprendido fácilmente que segun todas las probabilidades, estaba allí con el mismo objeto que él.

Efectivamente, espantada Lucía al ver que Maricou se habia introducido clandestinamente en la habitacion de Mme. Cros (y si se recuerda la narracion de Maricou, se comprenderá fácilmente que tenia razon para temer), Lucía trató de saber el motivo de tan estraña entrevista. Asi es que salió furtivamente de su cuarto, y se puso á escuchar en la puerta de su prima.

Lo mismo que Frans, no oyó mas que un murmullo sordo; pero asi como nos acostumbramos á distinguir vagamente en la oscuridad ciertos objetos, en donde antes no veíamos mas que tinieblas, del mismo modo al cabo de algun tiempo, aunque sin poder seguir el hilo de la narracion de Maricou, consiguió percibir algunas palabras sueltas que le asustaron.

Su nombre, repetido varias veces, lo mismo que el de Mr. de Astorg y el de la infortunada María, le probaron que Maricou le estaba contando á Mme. Cros la historia de toda su vida.

¿Pero lo habia confesado todo?

Hé aquí lo que Lucía no pudo comprender, y se puso á escuchar con doble atencion, cuando oyó los pasos de Mr. de Fernic que se adelantaba por la escalera principal, y casi al mismo tiempo vió proyectarse en el ángulo del muro la claridad de la bujía.

Mas pronto que el relámpago, se retiró hasta la estremidad del corredor para que pasara el caballero sin encontrarse con ella, por cuyo motivo observó cuando se detuvo Mr. de Fernic, y al ver que apagaba la luz para escuchar con mas seguridad, temió que sorprendiera mejor que ella el sentido de las palabras de Maricou; y comprendiendo que necesitaba defenderse anticipadamente de las revelaciones que hiciera aquel, fueren cuales fueren, se adelantó hasta Mr. de Fernic y le dijo las palabras que ya conoce el lector.

Fernic quedóse estupefacto al verse cogido en flagrante delito, y para dar una excusa á su curiosidad, le contestó.

—Confieso, que tenia deseos de saber, como educa nuestra hermosa cortesana á ese joven salvaje.

—Tal vez no sea de su educacion amorosa, dijo Mlle. de Chevalaine, de la que se ocupa en este momento, á no ser que se sirva de ella como de un medio para conseguir sus fines.

—¿Y con qué objeto?

—Seguidme, le contestó Mlle. de Chevalaine; seguidme y os lo diré, porque á lo que creo, ignorais lo que ha pasado en el castillo. Vuestra abuela no lo sospecha tampoco, y puede ser que la hermosa cortesana (como la llamais) busque en este momento el medio de despojarnos de nuestra herencia.

—¡Eso es imposible!

—Seguidme, prosiguió Lucía, y cuando sepais toda la verdad, veréis si voy descaminada en mis temores.

Mlle. de Chevalaine agarró á Mr. de Fernic de la mano con esa confianza que reina entre parientes cuando se conocen desde pequeños, lo introdujo en su cuarto, y cerró la puerta con llave.

VII.

Decíamos, pues, que Mr. de Fernic habia seguido á Mlle. de Chevalaine hasta su cuarto, y que aquella se habia encerrado con él; mientras que Gros-René, segun la orden de Mr. Perrin, salió del salon para avisar al marino que preparara sus armas.

Sucedio, pues, que cuando Gros-René llegó á la habitacion de Mr. de Fernic, no lo encontró en ella. Gros-René continuó su inspeccion buscándole en la del cura y en la de Mr. Blanchet, que estaban contiguas; pero todo fué inútil, pues sus dueños estaban ausentes.

¿Se imaginó Gros-René que se habian reunido todos para combinar alguna trama contra sus amos, ó bien que todo aquello era obra del diablo? Esto es lo que no podré deciros; pero lo cierto es, que se apoderó de él un terror tan intenso, que echó á correr buscando la habitacion de su amo, con las terribles tenazas levantadas para derribar al que se presentase ante él.

Al volver por uno de los pasadizos del castillo, le pareció distinguir á un enorme gigante que se adelantaba hacia él. Gros-René experimentaba ese miedo que nos hace atacar ferozmente por temor de perder el primer golpe, y dejó caer las pesadas tenazas sobre la cabeza del gigante, que rodó por el suelo dando un sordo gemido.

Probablemente Gros-René hubiera concluido con aquel enemigo imaginario que se habia atravesado en su camino, si en aquel momento no hubiesen aparecido su amo y Mr. Perrin, que se quedaron admirados al ver á Gros-René que habia tendido un hombre á sus piés, teniendo el semblante ensangrentado.

Mr. Cros reconoció á Burlaudas, que no tenia mas que una leve herida en la frente; pero que habiéndole cubierto de sangre toda la cara, se asemejaba á un hombre asesinado.

—¡Qué has hecho!.... exclamó Mr. Cros ayudando á Burlaudas para que se levantara.

—¡Ah! exclamó Gros-René, cuyo miedo se trasformaba en ferocidad; he principiado por este ladrón y luego despues concluiremos con los demás.

—¿Qué ladrones son esos? dijo Mr. Perrin.

—Los que están en el castillo, repuso Gros-René, que con los ojos saltándole en sus órbitas y la cara descompuesta, parecía una furia ávida de carnicería.

—¡Cómo! exclamó Burlaudas, limpiándose la sangre que inundaba su semblante con un pañuelo de algodón azul; ¿han entrado ya?

—¿Pero quién? preguntó el banquero con ansiedad.

—Los otros, dijo Burlaudas, la gente de las barracas; pues los he visto andar en torno del castillo, como una cuadrilla de lobos llamándose con sus gritos de lechuza. Los vi desde mi cuarto y venía á avisaros cuando me ha asesinado este animal.

Gros-René levantó sus tenazas con aire amenazador.

—Vamos, vamos, dijo Mr. Camilo Perrin, basta de necedades, Mr. Gros-René; sois tan estúpido como poltron. En cuanto á vos, señor, prosiguió volviéndose hacia Burlaudas, permitid que examine vuestra herida; y despues de haberla observado, añadió. No es nada, la piel rasgada levemente; no hay cuidado ninguno; unos paños de agua fria bastarán para contener la sangre. Ahora os suplico que nos espliqueis lo que habeis notado.

—¡Escuchad! dijo Burlaudas.

Los cuatro guardaron un profundo silencio, y en efecto, se percibieron algunos gritos parecidos á los de las aves nocturnas que resonaban en distintas direcciones.

Pero lo que tanto alarmaba á Burlaudas, no hizo la menor impresion en Mr. Cros, que dijo:

—¡Está bien! ¿pero quereis imponer silencio á las cornejas, á los buhos y á las lechuzas? La mayor parte de las noches las oigo como ahora en la casa que habito en el bosque de Marly.

—En los bosques no tiene nada de extraño, dijo Mr. Camilo Perrin; pero aquí me parece que es distinto, y debemos informarnos de dónde proviene ese concierto de animales.

Mr. Cros se puso á escuchar con mas cuidado, mientras que Mr. Perrin le decia á Gros-René.

—¿Has avisado á Mr. de Fernie?

—No señor, no lo he encontrado, ni en su cuarto, ni en ninguna parte.

—Tal vez esté en el de Mr. Blanchet.

—No señor, no parecen..... ¡Ni Frans, ni Blanchet, ni el cura! contestó Gros-René con esa familiaridad brutal que emplean los lacayos entre ellos cuando hablan de sus superiores en circunstancias en que un sentimiento de rabia les hace olvidar el falso respeto que les muestran en público.

—¡Cómo! exclamó Mr. Cros, ¿con que no has encontrado á esos caballeros en sus respectivas habitaciones?

—No señor..... y os repito que los ladrones no andan por fuera, sino por dentro..... ¡y bien por dentro!

—¿Quieres callarte? exclamó Mr. Perrin; estoy seguro de que te habrás equivocado de puerta, y habrás llamado en un cuarto deshabitado.....

—¡Señor, señor!..... dijo Burlaudas bajando la voz; no sé de quien habla vuestro criado, pero lo que sí es seguro, que hay en el castillo un malvado que vale él solo por todos los demás.

—¿Y quién es? le preguntó Mr. Perrin.

—Maricou.

—¿Está Maricou en el castillo? exclamó Mr. Cros, que ignoraba aquella circunstancia.

—Si señor, añadió Burlaudas..... y si supierais dónde está..... justamente venia á deciroslo.....

—¿Y en dónde está? dijo Mr. Perrin interrumpiéndole.

—En el cuarto de Mme. Cros, contestó Burlaudas bajando la voz.

—¿En el cuarto de mi mujer? exclamó Mr. Cros. Venid..... corramos allá..... ¡Ah, malvado!.....

—Poco á poco, dijo Mr. Perrin..... ¿quién os ha dicho que está Maricou en la habitacion de Mme. Cros?

—Yo que lo he visto, le contestó Burlaudas con desenfado; pues la pregunta habia sido hecha en un tono tan breve como imperioso.

—¿Lo habeis visto?

—Si señor, hará cerca de una hora que lo vi entrar por la ventana.....

—¡Por la ventana!..... exclamó el banquero anonadado.

—¡Hace una hora!..... exclamó tambien Gros-René.

—¿Mr. Perrin, qué decis á esto? le preguntó Mr. Cros.

—Pues si hace una hora, repuso Gros-René, le habrá sobrado tiempo.....

—¿De qué? le dijo Mr. Cros con voz de trueno.

—¡Toma! de asesinarla si era su intento.

Perrin y Mr. Cros estaban perplejos para interpretar el motivo de aquella entrevista, y hubieran aceptado el giro que le habia dado Gros-René, si Burlaudas no hubiera dicho desdeñosamente:

—No señor, no, Maricou no hace las cosas así; es capaz de matar á un hombre, sea guarda campestre ó cazador como á un perro, al atravesar la landa; pero cuando quiere, emplea otros medios muy distintos. Ya os lo he dicho, Mr. Maricou hechiza á la gente: hacia lo que queria del difunto conde, y muchas veces no se ha atrevido á replicarle Mlle. Lucia de Chevalaine cuando pronunciaba algunas palabras incomprensibles. Por lo tanto, os aseguro que si es su intencion el que vuestra esposa cometa alguna imprudencia, la hechizará sin remedio.... y necesario es que ya lo haya conseguido, cuando no ha dado el menor grito al verle entrar en su habitacion.

—Y que ha sido por la ventana, añadió Gros-René.

Aquellas palabras hicieron en Mr. Cros el mismo efecto que el echar leña en el fuego; pues el banquero no tomaba el encanto de Maricou en el sentido que le apropiaba ingenuamente Burlaudas.

—Perrin dijo, Mr. Cros, seguidme.

Mr. Camilo aparentó no haber entendido aquellas parabras, y repuso:

—No, no, Maricou no puede tener malos designios, porque me ha salvado con un valor heroico esta mañana.

—¡Oh! exclamó Mr. Cros apretando los dientes; Maricou es un héroe algo parecido al último de los *Chuanes*, ó á *Mauprat*..... y en verdad que mi mujer no se entretiene mas que en leer malos libros. Seguidme, seguidme, Perrin.

—Y luego añadió Burlaudas, que era del parecer de los parisienses; Mme. Cros es la verdadera heredera, y por consiguiente se dirigirá á ella: pues si hoy le han echado el guante en las bar-

racas á este caballero, fué equivocándole con su marido á causa de la familiaridad que reinaba entre ellos.

Aunque la cuchilla de la guillotina hubiera estado suspendida sobre el cuello de Gros-René no hubiera resistido á la alegría que esperimentó al escuchar las palabras del agrimensor, que debian ser tan desagradables para su amo, como para el amigo, y repuso al momento.

—¡Es tan imprudente la señora!

—¿Qué decis? dijo Mr. Perrin con un acento tan colérico, que el insolente ayuda de cámara se quedó estupefacto.

—Señor, exclamó Gros-René, ¿os parece poco el recibir á un hombre á semejante hora?

—Os digo que la han hechizado, dijo Burlaudas.

Mr. Cros vacilaba por los siniestros pensamientos que asaltaban su mente; pero no se atrevia á desahogar su cólera; por último, exclamó:

—Gros-René, condúceme á la habitacion de mi mujer..... porque hasta las habitaciones de este maldito castillo me son enteramente desconocidas.

—Yo os guiaré, dijo Mr. Perrin.

—¿Conoceis el camino? dijo Gros-René

—No solo lo conozco, sino que voy á enseñártelo porque nos vas á seguir, dijo Mr. Perrin.

—Si me lo mandais.....

—Ante todo debo decirte, añadió Mr. Perrin interrumpiéndole, que, como segun tu dicho, estamos cercados de ladrones..... se me figura que el que no esté con nosotros irá en contra nuestra; por cuya razon y para no dejar ningun espía á mis espaldas, te advierto que le levanto la tapa de los sesos al que no me siga.

Estas palabras, dichas con una sangre fria que no permitian dudar de las intenciones de Mr. Perrin, pusieron fin á la conversacion, y nuestros cuatro interlocutores se encaminaron hacia la habitacion de Mme. Cros, y entonces fué cuando Mr. Perrin llamó á la puerta diciendo:

—Abrid, ó somos perdidos.

Mme. Cros abrió instantáneamente la puerta y entraron los cuatro en la habitacion.

La actitud de Maricou y de Mme. Cros, y la rapidez con que abrió la puerta, no daban lugar á sospechar que los hubieran sorprendido en una conversacion demasiado intima.

Pero Mr. Cros era muy marido para que dejara de decir una necedad, pues exclamó al entrar:

—¿Por qué está esa ventana abierta?..... es tal vez para que se vaya vuestro héroe por el mismo camino que ha entrado?

A una señal de Mr. Camilo Perrin, comprendió Mme. Cros á su marido, y le contestó con maliciosa sangre fria.

—No señor, la dejé abierta para que los curiosos que habitan en el castillo, los cuales son muchos en verdad, pudieran ver lo que pasaba en mi estancia mientras Maricou me contaba su historia.

—¿Y en qué puede interesaros? le preguntó Mr. Cros.

—¡Cómo! ¿quereis que me sea indiferente la suerte de un primo mio, hijo del conde de Chevalaine?

—Eso es lo que no se sabe aun legalmente, contestó Mr. Cros satisfecho de aquella explica-

cion. Pero no queriendo dejar de contestar, añadió, tendrá que probar.....

—Caballero, le contestó su mujer con altanería, se trata de mi familia y no de la vuestra; por lo tanto quiero arreglar mis asuntos á mi antojo.

—¡Pero, señora!..... repuso Mr. Cros con ronca voz.

Y probablemente iba á trabarse una contienda entre marido y mujer, cuando Maricou que se había quedado escuchando atentamente los rumores que se oían en el campo, y en los cuales no había fijado su atención mientras había hablado con Mme. Cros, lanzó un grito de cólera exclamando:

—¡Ah! miserables!.....

—¿Qué hay? dijo Mr. Perrin.

—Mirad cómo el cielo se enrojece hacia el lado de la granja, lo que significa que han pegado fuego al aprisco.

Aun no había concluido de pronunciar estas palabras, cuando Gros-René se precipitó fuera de la habitación, gritando con voz atronadora.

—¡Fuego! fuego!

—¡Corramos!..... exclamó Mr. Perrin.

—Al contrario, repuso Maricou..... la granja está ardiendo..... dejadla que se queme..... pero que nadie salga del castillo.

Sin embargo, á los gritos de Gros-René, todas las puertas se abrieron, y el ayuda de cámara de Mr. Cros vió salir del cuarto de Mme. de Fernic al cura y á Mr. Blanchet, y estos vieron á su vez al caballero de Fernic que salía de la habitación de Mme. de Chevalaine.

A pesar de la turbación que habían producido en ellos los aullidos de Gros-René, no dejaron escapar esta circunstancia, y mientras el cura y Mr. Blanchet se hacían una señal de inteligencia, Mme. de Fernic fijó una mirada en los dos jóvenes, en la cual se leían setenta años de una virtud ejemplar.

Pero dicha observación se quedó para mas tarde, porque Gros-René no cesaba de gritar:

—¡Fuego! fuego! el castillo se quema!.....

Frans le detuvo vigorosamente y le dijo:

—¿Cómo que el castillo se quema?.... por dónde?

—Por allá bajo, le dijo Gros-René, y prosiguió su carrera gritando ¡fuego! fuego!.....

Frans se precipitó hacia una ventana que había al extremo del corredor en que se encontraba, y vió efectivamente los reflejos del incendio á través de los gigantescos árboles del parque.

Entre tanto el tumulto que había tenido lugar en el cuarto de los amos, principiaba á estenderse por los departamentos de la servidumbre, y salían casi todos medio vestidos, corriendo hacia el centro comun; los unos bajando de sus habitaciones, los otros subiendo de las cuadras, llegando hasta aquel sitio del cual había partido la alarma hasta el conserje del castillo.

—La granja está ardiendo, dijo el cura.

—Pues corramos allá por la puerta de los Zarzales.

—Dadnos la llave, añadió dirigiéndose al conserje.

—Se la he dado á Mr. Gros-René.....

—¿Y por qué?... exclamaron los circunstantes.

—¿Tienes la llave? dijo Mr. de Fernic dirigiéndose al ayuda de cámara.

—Se la he dado á Mr. Cros.

—¡A tu amo! exclamó; es extraño, ¿y en dónde está?.....

—En el cuarto de su señora, dijo Gros-René.

—¿Para qué querria esa llave? dijo Mme. de Fernic, mientras que Frans se dirigia hacia la habitación de Mme. Cros, seguido en tumulto de las personas que habían presenciado aquella escena.

—En efecto, dijo Mme. de Chevalaine, esa llave es la que abre justamente la puerta que conduce á la granja.

—Es extraordinario, dijo el cura.

—¿Tenia yo razon, repuso Lucía como hablando consigo misma, cuando llamé á mi primo para que estuviera sobre aviso con los parisienses?

—¿Con que estaba en vuestro cuarto con este motivo? dijo Mr. Blanchet.

—¿Y pa. a qué queriais que estuviese?... dijo Lucía con la mayor candidez.

—Ignoraba..... repuso Mr. Blanchet.

En aquel momento llegaban á la puerta de Mme. Cros.

VIII.

Frans de Fernic fué el primero que penetró en la habitación de Mme. Cros, en el momento en que su marido le decia á Maricou:

—¡Dios mio! ¿Qué hubiera sido de nosotros si hubiera abierto la puerta del parque á esa maldita vieja que se me apareció en la landa?

Mr. de Fernic había adquirido en el ejercicio de su estado, ese mando imperioso y rápido que en los momentos del peligro se revela por un tono breve, severo y terminante; y en presencia de aquel incendio que estallaba á dos pasos del castillo, obedeció á ese espíritu de acción que le hubiera inspirado en su navío al declararse la tempestad.

Además, entre los presentes, solo Fernic podría creerse autorizado para apoderarse del mando y dar las órdenes necesarias.

El cura y Mr. Blanchet temblaban como dos azogados, Mr. Cros abría los ojos desmesuradamente, Mr. Perrin era un extraño, y los demás inferiores; y el solo que hubiera podido ponerse en paralelo con el joven marino, era el caballero de Chevalaine, que estaba ausente del castillo en aquel momento.

Por lo tanto, al entrar en la habitación de Mme. Cros, y al escuchar las palabras del banquero, Mr. de Fernic le dijo imperiosamente:

—Caballero, dadme esa llave, y luego despues nos daréis cuenta del uso que queriais hacer de ella.

A pesar del embarazo y el miedo que sentia Mr. Cros, el tono con que le fué hecha aquella petición, hirió su amor propio, y le contestó:

—No tengo que recibir vuestras órdenes ni daros cuenta de mis acciones; por lo tanto, os entrego esta llave porque sé que abre la puerta que desde el parque conduce á la granja.

Fernic alargaba ya la mano para apoderarse de ella, cuando separándose Maricou de la ventana, le dijo:

—Es inútil, acaba de hundirse el techo de la granja, y el incendio se apagará por si solo.

—¿Qué hace este perillan aquí? y por qué se atreve á hablar en esta casa? exclamó Mr. de Fernic.

Maricou, en vez de contestar al marino, volvióse hacia Mme. Cros, y le dijo con dulzura:

—Ya lo oís, señora.

—Vamos, vamos á la granja, y si llegamos á tiempo, ó salvaremos algunos despojos, ó prenderemos á algunos de esos incendiarios.

—No salgais del castillo, exclamó Maricou, ó de lo contrario, no tardaréis en verlo presa de las llamas..... Habéis aguijoneado los lobos en su guarida y os atacan con furor; por lo tanto, os aconsejo que os guardéis.

—Pero tú debes ser de su camada, exclamó Frans, y por consiguiente debias conocer sus designios. Apoderaos de ese hombre y amarradle...

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuacion.—V. el n.º 50).

La dama se incorporó en el sillón, pero Antonio Perez sin avanzar estuvo esperando á que la doncella se alejase cerrando la puerta.

Entonces se acercó á la princesa, tomó su blanca mano y la acercó á sus labios sin pronunciar una palabra.

—Sentaos, le dijo esta.

Perez acercó una silla y se sentó á su lado.

—Estaba impaciente por vuestra tardanza, siguió la dama tranquilizándose completamente su semblante.

—Dispensadme, querida Ana, contestó Antonio Perez, con blando acento, volviendo á besar su mano.

—¿Habeis recibido mi carta esta mañana?

—Si por cierto; y á fé que me había alarmado con ella. Hablabais de alguien que va á disparar un dardo no sabemos contra quien.

—Pues yo si lo sé, y por eso os he avisado.

—Pero debeis suponer, señora, que no es el deseo de saber esa noticia lo que me trae á vuestro lado, sino el....

—Callad, dijo la princesa poniendo el dedo índice de su mano sobre los labios de Antonio Perez.

Este volvió á besar.

Y eran tres.

—Se trata de vos, Perez, de vos, y aun quizá de mí.

—No os comprendo.

—Trataré de hablar mas claro: el rey tiene celos.

Antonio Perez se sonrió.

—¡Celos el rey! ¿Y de quién? ¿Qué persona inspira á S. M. esos celos?

—Vos, dijo la princesa con voz breve.

El favorito soltó una carcajada, que hizo incorporarse á doña Ana.

—¿Dudais de mis palabras?

—No; creo solamente que os engañais.

—¿Y si fuese cierto cuanto os he dicho?

—No hablemos de eso, querida Ana, dijo Antonio Perez aproximando su sillón al de la princesa, y cogiéndole una mano que estrechó entre la suya.

—Os digo que el rey tiene celos de vos, y que

esto no nos conviene. Lo sé por buen conducto. Creo inútil deciros que Mateo Vazquez anda en este negocio.

—Al oír este nombre, frunció el ceño Antonio Pérez, y sus mejillas descoloridas se tiñeron de carmin.

—Mateo Vazquez, dijo con voz alterada por la cólera, es un miserable á quien aplastaré yo con mi pié como se aplasta á una hormiga.

—No le aplastaréis, Perez, contestó la princesa con voz sombría, porque él esquivo vuestra presencia, y nos hace una guerra sorda y tenebrosa. Mateo Vazquez se arrastra por el suelo como una culebra, pero acaso llegará un día en que levante su asquerosa cabeza para morder.

—¿Y quién os ha dado tales noticias, Ana?

—Su mayordomo, que es persona de confianza. Mateo Vazquez y el hijo de Escovedo trabajan con el confesor del Rey, Fray Diego de Chaves, para perderos.

Felipe II está terriblemente celoso, porque tratan de apoyar su intriga en nuestras relaciones y el asesinato de Escovedo: el asunto es mas sério de lo que parece.

Perez se quedó pensativo: las palabras de la princesa levantaron en su mente un torbellino de ideas desconocidas hasta entonces.

Empezaba á ver algo de terrible para los dos en aquella intriga manejada tan en secreto, aunque le tranquilizaba en algun tanto el haber sorprendido tan maquiavélicos planes.

—¿Qué pensais? le preguntó la princesa viéndole tan abstraído.

—Nada, Ana, tranquilizaos: es necesario deshacer esa tupida red en que tratan de envolvernos esa caterva de insensatos ambiciosos.

Por fortuna conocemos ya de qué parte ha de salir el tiro, y estamos preparados para recibirle. Yo veré á S. M., y despues.....

—¿Y qué? pensais abordar francamente el asunto con el rey?

—Segun le vea yo predispuesto, así obraré. Además no creo que tengamos que trabajar gran cosa para librarnos de una calumnia.

La palabra calumnia dicha de cierto modo por Perez, hizo sonreír á la princesa.

—No vayais á arriesgarlo todo inútilmente con S. M., Perez; ya sabeis que lo peor que pudiera suceder, es que esa maldita enfermedad de celos fuese adquiriendo consistencia en su corazón. A pesar de que ese es negocio mio.

Y la princesa se recostó muellemente en el sillón tomando un aire de los mas seductores.

—¿Sabeis, Ana mia, que aquí el verdadero celoso soy yo? dijo el favorito con acento galante.

La dama se sonrió.

—Sí, yo: tengo celos del rey. No puedo ver con calma el papel que representais en su presencia, y muchas veces cuando oigo alguna galantería de los reales labios, siento que se me enciende la sangre y me ahoga el corazón.

La princesa miró á Perez con ternura y le tomó una mano: este se estremeció al contacto de aquellos finísimos dedos, y sobre su pálido rostro asomó una ligera tinta de carmin, mientras sus labios se abrian para dar paso á un suspiro. Pasó su brazo derecho alrededor del talle de la princesa, y cuando iba á estampar un ardiente beso en sus pálidas mejillas, se retiró de improviso en el fondo del sillón y estendió su brazo há-

cia uno de los gabinetes que flanqueaban el salón.

La dama sorprendida se puso en pié.

—¿Qué teneis, le preguntó con voz breve?

—No habeis visto..... dijo Perez algo repuesto de su primera emocion.

—Nada..... de qué quereis hablar.

—Hay gente en ese gabinete.

—Imposible: es mi dormitorio y no tiene mas puerta que la que da á este salón..... estamos completamente solos.

—No obstante, yo he visto un rostro y una sombra..... A propósito, ¿con quién mandasteis esta mañana vuestro billete?

—Con una de mis doncellas: una muchacha de toda mi confianza.

—¿Una muchacha!..... ¿qué edad podria tener?

—¿Pero á qué conducen todas esas preguntas, Perez? Advierlo en vos esta noche algo de particular.....

—No lo extrañeis: he tenido muy mal día; he recibido esta mañana una noticia que me ha afectado bastante. ¡Oh!..... si yo tuviese á mi lado á ese hombre!.....

—¿A quién? qué estais diciendo?

—Hablo de D. Juan Mondejar: esta noche última ha sido herido en el atrio de san Andrés... luego ha desaparecido de allí antes que la ronda llegase, y no he podido averiguar su paradero.

En este momento una mano discreta dió dos golpes en la puerta del salón.

—Adelante, dijo la princesa, separándose de Perez, mientras que este se puso á hojear un libro que habia encima de la mesa.

Un paje se presentó en el dintel de la puerta, y haciendo una muy profunda reverencia, esperó á ser interrogado por la princesa.

—¿Qué ocurre? preguntó esta.

—El alcalde Diego Garcia de Toledo pregunta por.....

—Que pase, exclamó precipitadamente Antonio Perez, soltando el libro que aparentaba leer, y poniéndose en pié.

El pajecillo se retiró, y á los pocos instantes entraba en la habitación el alcalde.

La princesa se preparó á oír recostándose en el sillón.

—¿Qué habeis averiguado de nuestro asunto? preguntó Perez acercándose con impaciencia al de Toledo.

—Señor, respondió este con mesura, ya está preso el asesino.

—¿Quién es? hablad.....

—Un judío.

—¿Un judío? y qué ha confesado?

—Nada, señor; se empeña en negarlo todo y en aparecer inocente.

—Entonces, ¿cómo habeis sabido que era él?

—Uno de mis alguaciles ha sorprendido en una hosteria cierta conversacion que coincide terriblemente con una carta dirigida á mí en la que se me denuncia al citado hebreo como asesino de D. Juan.

—Pero ¿y nada se sabe del paradero de la victima? olvidais que necesito á ese hombre vivo ó muerto?

—Señor, espero que el tormento hará mas comunicativo al asesino: ya tuve el honor de decir á V. E. esta mañana que el crimen no habia

dejado rastro ninguno; sin embargo, ya estamos en camino de averiguar la verdad, y espero que lograremos.....

—Pues bien; id sin pérdida de tiempo, y que confiese ese hombre lo que sepa; si no ponedle en comunicacion con el potro, y sabremos á qué atennos.

El alcalde hizo una reverencia á Perez, otra á la princesa y salió de la habitación dispuesto á dar tormento á medio Madrid por inquirir el paradero de D. Juan.

Solos habian quedado Perez y doña Ana, dispuestos á anudar otra vez la interrumpida plática, cuando un desmesurado ruido se hizo oír hacia la puerta por donde habia salido el magistrado, ruido de voces y pisadas que iba creciendo poco á poco, poniendo en alarma á los dos favoritos, que trataban de averiguar la causa.

La puerta del salón volvióse á abrir y apareció en él una hermosa jóven, casi una niña, pálida, y desmelenada la rubia cabellera, pugnando por desasirse de un paje y una doncella que trataban de impedirle el paso.

Tan luego como la jóven vió á Antonio Perez, se echó á sus piés asiéndole las rodillas y sollozando á mas no poder.

Era Lia, la gacela compañera del pobre Martin, la niña de los cabellos rubios.

—¿Qué es esto? preguntó Antonio Perez sorprendido y cogiendo á la jóven que se negaba á levantarse.

—Despejad, dijo la princesa á los criados que habian entrado con Lia.

El salón quedó desierto otra vez.

Pero en el dormitorio de la princesa, donde Perez habia creído ver antes una sombra, con el rostro pegado á los cristales y trémula de emocion, una mujer contemplaba con avidez la escena que pasaba á dos pasos de ella.

En cuanto á la niña, algo mas repuesta de su primera turbacion, separó con sus blanquissimas manos el rubio cabello que ocultaba su rostro de ángel, y mirando primero á la princesa y luego al favorito, preguntó con timidez.

—¿Sois vos Antonio Perez?

—Yo soy, contestóle este, ¿qué quieres de mí, pobre niña?

—Justicia y piedad, señor: justicia para mi anciano padre sepultado inhumanamente en un calabozo, y piedad para mí que me quedo abandonada en el mundo.

—¿Y quién es tu padre?

—Isaac, señor; no sé si le conoceréis: vivimos frente á san Pedro el Real..... Mi padre es un infeliz hebreo que nunca ha hecho daño á nadie..... ¡Ah! creedme, señor, es inocente, yo no sé por qué le aprisionan. Vos, que todo lo podeis..... yo no sé..... pero he oido decir que podiais libertarle, y por eso he venido aquí.....

Y la niña lloraba con una amargura tal, que partía el corazón.

La mujer que espiaba en el dormitorio de la princesa, se estremecía haciendo rechinar la puerta.

—¿Con que tu padre es un judío? preguntó Perez acordándose del asesino de D. Juan.

—Pero ya os he dicho, señor, que es inocente..... ¡Oh! creedme..... Y vos, señora, unid vuestras súplicas á las mías, haced que le pongan en libertad.

¿Qué va á ser de mí sin mi pobre padre?

—No te aflijas de esa manera; si tu padre es inocente, yo haré que sea puesto en libertad....

—Pues id, id.... y preguntad á todo el mundo, y os dirán que Isaac es bueno.... ¡oh! es muy bueno, señor, y esta misma noche me le devolveréis, ¿no es cierto?

—Esta noche no puede ser, contestó Antonio Perez, quedándose meditabundo.

La princesa se acercó á la niña que seguía llorando, y asiéndola una mano:

—Descuida, la dijo; hasta que vuelvas al lado de tu padre, estarás en mi casa y nada te faltará....

—¡Oh! señora, yo moriré de dolor estando lejos de él....

—¿Qué hacemos? preguntó doña Ana á Perez.

—Tenedla aquí mientras averiguo yo lo que hay en este negocio; mucho me temo que esta joven va á quedar huérfana dentro de poco.

Y tomando el sombrero salió de la estancia, despues de haber besado fuertemente la mano de la princesa, mientras que esta, al lado de Lia, trataba de hacer menos amarga su situación.

V.

UN SACRISTAN Y UN JUDÍO.

En el aposento que ya conocen nuestros lectores de la morada de Isaac, en la calle del Nuncio, y á las once de la mañana del mismo día, que terminó con la llegada de Lia á casa de la princesa de Eboli, estaban el hebreo y el sacristan hablando muy acaloradamente en faz de discutir un asunto de muchísimo interés quizá para ambos.

Preparábase Isaac para salir de su casa aquella mañana, con intención de pasar á Valdemoro á unirse con la doncella y la dueña, evitando de paso los rumores que pudieran llegar á sus oídos sobre el asesinato de D. Juan, cuando se presentó nuestro amigo Lopez pidiéndole unos instantes de audiencia, que le fueron otorgados, porque la mala estrella del judío le obligaba á ser muy condescendiente con el sacristan.

Entraron en el mencionado aposento, y despues de sentarse ambos en dos sillones para estar con la comodidad posible, empezó Lopez á esponder en breves razones el por qué de la visita.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 48).

XVIII.

Rama aparece en un carro celeste para separar á los combatientes. El guerrero, dice el poeta, aparece en medio de una claridad livida; su carro es blanco, pero parece ceniciento por el polvo que le rodea: infinidad de llamas lo circundan, el fuego chispea en humeante catarata devorando todo lo que se opone á su paso, y el carro del soberano se desliza al través del incendio hasta que llega al sitio en que estaban

ambos combatientes. Rama se apea de su carro y felicita al niño que no conoce todavía. «Está bien, dice, ya que se ha conducido como un verdadero guerrero, que no sufra impunemente ni el ultraje ni la insolencia. Ya debe saber que cuando el sol lanza sus rayos de fuego, la piedra solar se los devuelve mas ardientes todavía.»

Su segundo hijo, *Cousa*, aparece á su vez, volviendo de los lugares consagrados. Rama se turba á su aspecto: «Es sorprendente, dice, que al acercarme á estos dos jóvenes guerreros que me son enteramente desconocidos, un dulce estremecimiento se esparce por todo mi sér; y un ardor tibio que proviene del exceso de la ternura, emana de todos los poros de mi cuerpo. En sus ojos y en sus gestos, tienen estos dos jóvenes algo que indica que son de sangre real. La naturaleza los ha señalado con esos rasgos de grandeza que se asemejan á los torrentes de luz que surgen de una piedra preciosa, ó á esas gotas de néctar que se encuentran en el cáliz del amable loto. Esas señales indican un destino glorioso, como el que les está reservado á los hijos de Raghou. El color de sus semblantes se asemeja á las tintas del cuello tornasolado de las palomas, y sus espaldas tienen las dimensiones de las del monarca de los bosques. Su intrépida mirada es como la del leon encolerizado, y su voz es potente como el son cadencioso del tambor cuando llama á los fieles al santo sacrificio. Veo en ellos mi propia imágen; y no solo distingo mi semejanza, sino que tambien en algunos de sus rasgos tienen algo de mi querida Sita. El semblante de la hija de Djanaka, que es mas bello que el loto, lo tengo siempre ante mis ojos: como los de ellos eran sus dientes, blancos como perlas; como los de ellos sus delicados labios, sus pequeñas orejas y sus ojos espresivos, aunque la mirada de ambos mancebos tiene algo de varonil fiereza.... Además viven en estos bosques; y en ellos fué en donde dejaron abandonada á Sita, y estos niños se le parecen. ¿Y esas armas celestes que se les han aparecido, y que, segun el oráculo de los sabios, no deben abandonar jamás á nuestra familia sin un motivo poderoso?.... El estado de mi esposa, en cuyo seno se encerraba la dulce esperanza de mi raza, hace nacer en mi mente estos pensamientos que ocupan mi alma, y hace que brote en mi corazon la esperanza y el temor. ¿Cómo podria saber la verdad? cómo preguntar á esos jóvenes la historia de su nacimiento, cuando ni los conozco, ni me conocen?....»

XIX.

Aquí la escena cambia instantáneamente de decoracion y de aspecto: el poeta, para anudar el desenlace, el reconocimiento de los hijos y del padre, y la segunda coronacion de Sita, presenta la escena doce años atrás. Oyense en lontananza trás la espesura del bosque y hácia las orillas del rio los gritos angustiados y los dolorosos gemidos de la joven esposa abandonada, que acaba de dar á luz los dos gemelos que recogieron los brahmanes y adoptaron las ninfas sagradas.

Rama, conmovido de piedad y de amor, cree estar soñando, hasta que un sábio anacoreta le dice: —«¡Rey! ¿no comprendéis que se os hace saber por este medio el nacimiento de esos dos niños, que son vuestros hijos?

»¡Que se callen las músicas y los cantos, dice

á los actores, y que todos los circunstantes contemplen las maravillas que van á tener lugar por la omnipotente voluntad de los dioses! ¡Sita aparece sobre las aguas del Gange, rodeada de divinidades protectoras! ¡Recibid, dicen estas á Rama, una esposa casta y fiel!»

El padre, la madre, la esposa y los hijos se reconocen, se abrazan y se abisman en su felicidad y en su reconocimiento.

El director del espectáculo se adelanta entonces en la escena con el traje del santo anacoreta, á quien el héroe debe la felicidad de haber encontrado á sus hijos y á su esposa:

«Rama, le dice, ¿podemos hacer algo aun por tu felicidad?»

Rama se levanta y le contesta en los términos siguientes:

«Piadoso y santo solitario, tan solo tengo una plegaria que dirigiros. Y es, ¡que puedan los cantos inspirados que celebren esta historia, encantar y purificar las almas de los espectadores! que, á semejanza del amor maternal, alivien nuestras penas, y que, como las aguas purificadoras del Gange, laven nuestros pecados! ¡Puedan la imaginacion dramática y el gusto delicado del poeta asegurar la gloria que le debemos al gran maestro del arte poético, y que se sirva iniciarnos eternamente en esta ciencia, tanto mas santa y sublime, cuanto que nos da el conocimiento de las perfecciones del único sér en que se reasumen todos los séres: es decir, Dios!»

La escena se concluye despues de estas palabras, y el pueblo edificado sale del espectáculo como de un templo, en el que el placer sirve de móvil á la religion y á la virtud.

Tales eran las representaciones escénicas de la India primitiva, mientras que el resto del Asia, á escepcion de la China, el Africa, la Europa, la Grecia, Roma y las Galias, balbuceaban aun el idioma de la filosofía, de la poesia y de las artes; porque á pesar de lo que diga Voltaire en contrario, en el Oriente es donde ha tenido su cuna el mundo moral y religioso.

EPISODIO.

Hemos leído como todo el mundo los dos volúmenes de poesías que acaba de publicar Mr. Victor Hugo, intituladas: *Contemplaciones*. No le sienta bien á un poeta el juzgar las obras de otro poeta contemporáneo y amigo suyo, porque la critica seria calificada de rivalidad, y el elogio pareceria una adulacion-tributada inútilmente á los dos poderes mas grandiosos que conocemos en la tierra, que son el genio y la desgracia.

Nos hemos contentado con gozar en silencio de las bellezas de sentimientos que resaltan en dichas páginas, llorando con el padre, retrocediendo con el esposo y el amigo á los hermosos días en que nos encontramos en poesia, al leer nuestros primeros versos, días de gloria y de ventura que se desvanecieron para siempre. Pero ayer, una feliz é imprevista circunstancia nos obligó, por decirlo así, á recordar que fuimos poeta en otro tiempo, y contestar, aunque con débil voz, al eco majestuoso que llega hasta nosotros desde las opuestas playas del Océano.

Los poetas, los escritores y los amigos particulares de Mme. Victor Hugo han tenido el pensa-

M.E.C.D. 2016

flanquearla, si es posible, por el lado del mar. El camino de Tánger es muy poco conocido, y lo mismo puede decirse del de Angera. Cuando el primer cuerpo del ejército expedicionario se dirigió al campo de Ceuta, ocupó toda aquella parte de la sierra, é interceptó los caminos de Tánger y Tetuan, conociendo cuán importante era esta medida. El camino de Tetuan, cuya población se halla á unas siete leguas de Ceuta, es algo mas conocido: atraviesa uno de los valles mas frondosos y fértiles, comprendidos en la zona que hay entre el Atlas y el Mediterráneo, formando una vega notable por la riqueza y abundancia de sus producciones agrícolas. En el centro de esta vega, y á once kilómetros de la costa, está situado Tetuan, población importante que hace un comercio muy grande con Europa, y principalmente con Gibraltar, á cuya plaza surte de toda clase de víveres, y particularmente de ganado. Contiene unos 17,000 habitantes próximamente; en este número están incluidos unos 4,000 judíos, que probablemente habrán abandonado la ciudad al principio de la guerra. El aspecto de las calles es verdaderamente morisco; están cubiertas en su mayor parte, y forman una especie de subterráneos en que hay gran número de tiendas, donde se venden las ricas fajas de Tetuan, los tapices, los jaiques musulmanes y las telas impermeables de Rabat, los gorros colorados de Fez, los tejidos de seda, las babuchas de piel y terciopelo bordadas de oro, y pieles admirables curtidas como en ninguna parte, y teñidas de todos los colores, por medio de un secreto impenetrable hasta hoy, que Fez, Marruecos y Tafílete proporcionan con tal variedad y con tan prodigiosa abundancia.

El Serrallo, donde se establecieron las tropas de vanguardia al mando del general Echagüe, es un edificio ruinoso que parece haber sido un magnífico palacio, hecho para residencia del emperador marroquí durante el sitio puesto á Ceuta por el mismo, á fines del siglo xvn. La parte que se conserva en un estado regular, parece obra moderna, y consiste en un cuadrado de diez á doce metros por frente, con arcos, algunos de estilo árabe; pero los otros de una arquitectura distinta. En uno de los lados del edificio hay una mezquita hecha sobre la misma tapia, que era donde hacían sus oraciones. Hay también una torre en buen estado, de base cuadrada, de una altura de 140 á 150 pies, y que concluye con un sistema de almenado árabe, teniendo en su centro una torre chiquita que le sirve de capitel. La escalera es muy pendiente y mala: antes de abandonar los moros el edificio, arrancaron toda la madera que había en los peldaños. El edificio, en general, puede llegar á ser un gran fuerte, y ya en el día se ha fortificado lo mejor posible por los ingenieros que han dirigido los trabajos de los presidiarios. Como muestra de la arquitectura árabe, damos la vista de un palacio con sus dependencias, y situado en medio de un campo.

La ocupación del Serrallo por nuestras tropas se había hecho sin resistencia alguna; únicamente al retirarse los puestos mas avanzados, después de situadas nuestras fuerzas, fué cuando se presentaron algunos moros, que creyendo que nuestras tropas se habían retirado completamente, acometieron á los que antes ocupaban las avanzadas, y que volvían ya hacia el Serrallo;

pero fueron vigorosamente rechazados por los cazadores de Madrid y de Cataluña, en cuya refriega tuvimos siete heridos; los enemigos perdieron también alguna gente, pero la retiraron con una rapidez increíble. El general Echagüe, al fortificarse en dicho punto, estableció el tren de artillería que ha maniobrado en la acción del 25 y aseguró completamente las comunicaciones con la plaza de Ceuta. También hizo un buen reconocimiento del camino de Tetuan con el mejor éxito y sin ser molestado, y estableció una guardia en la mezquita del edificio con el objeto de impedir que los soldados la destruyesen.

Tanto en Tetuan como en Tánger, continúan fortificándose y creyendo que España no podrá nada contra ellos, pues les han hecho creer que nuestras tropas no han de sostener la guerra, y mucho menos vencerlos, ni ocupar ninguna de sus ciudades principales. Su fanatismo es indecible; multitud de santones recorren el país excitándolos á la guerra contra los cristianos y prometiendo las delicias del paraíso á los que mueran en el combate. Los moros escuchan con un respeto fanático estas arengas, y cortan pedazos del vestido de los santones para guardarlos como un talisman que debe librarlos del mal que podrían hacerles los soldados españoles; muchos hay que ruegan á los santones que los escupan en el rostro, creyendo de este modo hacerse invulnerables. Este fanatismo tan exagerado explica muy bien el arrojo que manifestaron en la acción del 25 de noviembre, en la cual se lanzaron con las gomas en la mano sobre nuestros cañones, que quisieron llevarse, hallando así una muerte cierta.

El general Echagüe mandó poner fuego á una parte del monte de la Sierra de Bullones para poder facilitar las operaciones militares é impedir las emboscadas; con este objeto se le había enviado desde Cádiz gran cantidad de alquitran y de brea; parece que después de haber hallado las granadas de que hablamos á nuestros lectores, encontró también unas 800 balas de cañón.

El gobierno seguía mandando tropas de los cuerpos de ejército destinados á Africa, y por la actividad de los jefes, el tercer cuerpo se hallaba ya dispuesto para el embarque á fines del mes pasado.

A fines de noviembre pasó por las cercanías de Melilla un scherriff ó jefe moro, que con una escolta de caballería, iba recorriendo los diferentes puntos del Imperio para anunciar á todas las tribus el advenimiento del emperador al trono. Nuestro grabado le representa á caballo, tal como iba cuando pasó por las cercanías de Melilla.

Segun los despachos oficiales, el total de nuestras pérdidas desde que empezaron las hostilidades hasta el 1.º del corriente, es de 88 muertos, 644 heridos y 73 contusos. Entre los muertos hay 8 oficiales y un jefe; en los heridos está el general Echagüe, 3 jefes y 32 oficiales, y en los contusos un jefe y 12 oficiales. La tropa ha tenido las bajas siguientes: 79 muertos, 608 heridos y 60 contusos. Muchos de los heridos han sido transportados al hospital que se halla establecido en Algeciras.

El general en jefe del ejército de Africa dió una alocución á los marroquíes, en la que manifestaba que el gobierno español había recurrido á las ar-

mas porque el emperador se había negado á dar la satisfacción debida; pero que los soldados españoles respetarían su religión y sus costumbres no siendo terribles mas que en los momentos del combate.

El 30 de noviembre hubo otro nuevo combate mas grande y mas encarnizado que los anteriores. A la una del día se presentaron los moros en número muy considerable, atacando los puestos avanzados é intentando una embestida al reduto de la derecha. La división de vanguardia, que manda el general Gasset desde que el general Echagüe fué herido, les salió al encuentro, y empezó un combate muy reñido en el que los moros demostraron su arrojo y valentía, y nuestros soldados probaron una vez mas su admirable disciplina, su valor heroico y su indecible entusiasmo.

Habiendo fingido el general Gasset una hábil retirada, engañó al enemigo, que cargó imprudentemente sobre nuestros soldados; el general Gasset entonces, por medio de una acertada operación, colocó entre dos fuegos á los moros, que fueron cortados por nuestras dos divisiones. En vano se les invitó á que se rindiesen prometiéndoles que se les daría cuartel; firmes en su propósito de no rendirse, continuaron peleando hasta morir en medio de una carnicería horrorosa. El campo quedó cubierto de cadáveres siendo sumamente considerable su pérdida, aunque por el pronto no es posible fijarla.

En el número próximo daremos mas detalles á nuestros lectores.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el núm. 50).

MARCHAS DE VERANO.

Ordinariamente en las marchas de verano se hacia alto á las diez de la mañana y se ponían en marcha á las tres de la tarde. Creíase que los hombres descansaban durante estas cinco horas de descanso: era un gran error el creer que podían dormir. El calor, y sobre todo las moscas, impedían que los soldados descansaran. Así es que no hacían mas que andar de aquí para allí, y por la noche, cuando llegaban al vivac, estaban tan cansados como si hubieran marchado todo el día. Mas vale partir antes del día, á fin de llegar á las once; de este modo se deja al soldado casi todo el día para descansar.

Dos ó tres leguas antes de llegar al vivac, si vuestra columna está cerca de una fuente ó de un riachuelo, haced que se surta de agua inmediatamente.

Sucede con frecuencia, en verano sobre todo, que, aunque haya habido agua el año anterior en el sitio donde vais á acampar, no la halláis en todo el año siguiente. Otro tanto sucede con la leña: es muy esencial que cada hombre lleve bastante provision durante la marcha; de este modo los soldados, á su llegada al vivac, pueden hacer el rancho inmediatamente, y no pierden su tiempo en buscar leña, en lo cual emplean siem-

pre mucho. Sin esta precaucion, la columna podría hallarse, como ha sucedido, sin agua y sin leña; entonces sin rancho y sin fuego, y si es en invierno, puede dar lugar á muchos desastres.

Los hombres á quienes no se puede detener, burlan durante la noche la vigilancia de los centinelas, y van á buscar á otra parte agua y leña: á algunos les cuesta la cabeza. Los que vuelven están fatigados, y cuando al día siguiente la columna se pone en marcha, infinidad de hombres, que no pueden andar, os impiden que opereis. Este inconveniente puede obviarse de seguro, haciendo que los zapadores de ingenieros abran una zanja en el sitio donde había agua el año anterior, y la cual siempre podrá hallarse á uno ó dos metros de profundidad.

A falta de leña ó de malezas en la superficie del terreno, se halla siempre profundizando raíces que puedan suplir. La privacion de agua y de leña es una de las mas grandes que una columna tiene que soportar. Si al llegar al vivac el soldado va mojado, todo lo olvida muy pronto delante de un buen fuego; porque la vista de las llamas alegra al soldado, y cuando el soldado francés está de buen humor, se le puede exigir todo.

INSTALACION DEL VIVAC.

El comandante de una columna debe poner la mayor atencion en instalar bien su vivac: como sitio de reposo para los soldados fatigados por la marcha, es muy importante que sea buena y conveniente su eleccion. Es preciso, si es posible; que sea á la orilla de un río ó de un arroyo, pero debe tenerse cuidado de atravesarlos, á fin de que la tropa no se vea obligada á mojarse cuando se ponga en marcha al día siguiente. Así se evitan las heridas en los pies y muchas enfermedades.

En tiempos de paz como de guerra, se debe siempre acampar en un terreno cuadrado, ó en un cuadrilongo. Todos los puestos que deben ocupar las tropas, serán designados de antemano, para que puedan ir sin perder un solo instante.

Les he visto algunas veces esperar horas enteras con el saco al hombro, á que se les designaran los sitios; de suerte que muchas veces se veian sorprendidos por la noche, y los soldados no podian procurarse ni leña, ni agua para hacer el rancho. Otras veces, despues de haberles indicado el sitio, se les vuelve á quitar, so pretexto de cambiarse la alineacion; todo esto es enfadoso: vale mas tener una mala alineacion, que incomodar á los soldados. Despues de dos ó tres dias semejantes, muchos hombres no se hallaban ya en estado de continuar una campaña vigorosa. Expediciones que habian costado *muchos miles de francos*, no han dado resultado alguno por haber descuidado estos sencillos pormenores. Para evitar tal inconveniente, el mejor modo de proceder es este:

A una media legua antes de llegar al vivac se adelantará el jefe de Estado mayor y examinará el sitio donde debe establecerse el campo, acompañado de todos los ayudantes mayores y de cuatro guías, que se colocarán del modo siguiente:

El del comandante de la columna marcará la derecha del primer frente en direccion al camino que al otro día debe tomarse. Es muy esencial

que toda la columna sepa desde la vispera, en qué direccion se debe poner en marcha. ¡Cuántas veces, en tiempos nebulosos ó de lluvia, mas oscuros aun por el humo del vivac, hemos visto ponerse en camino la cabeza de una columna, y el resto, no sabiendo á qué lado dirigirse, hacerse un remolino como un rebaño de carneros, y perder un tiempo precioso cansándose inútilmente, lo cual no habria sucedido si desde la vispera la columna hubiese conocido su direccion!

Los otros tres guías deben ser colocados en los tres ángulos.

La caballería regular forma el primer frente. Si coloco la caballería en uno de los frentes del vivac, es porque he visto los inconvenientes que hay en ponerla en lo interior del cuadro. En primer lugar ocupa de tal modo el terreno, que por la noche no se sabe cómo moverse en el vivac; los oficiales, los soldados y los caballos se hallan unos encima de otros; los cordajes de las tiendas se cruzan, y las entradas se hacen muy difíciles en la oscuridad. En fin, todo el mundo está incómodo. Lo peor aun es, que los caballos se sueltan y empiezan á galopar encima de los hombres que están dormidos. El ruido que hacen, induce á creer que el enemigo está en el campo.

¡Cuántas veces no hemos visto en noches borascosas á infinidad de caballos que se han soltado, el campo permanecer despierto toda la noche, la ambulancia derribada, y heridos ó enfermos espuestos á nuevos sufrimientos! Es muy fácil evitar todas estas incomodidades colocando la caballería en uno de los frentes del cuadro. Además, dejando libre el interior de nuestro campo, podeis dar el necesario ensanche á vuestros movimientos, en caso de que seais atacados durante la noche.

La columna de la derecha forma el segundo frente, la de la izquierda el tercero, y en fin, la retaguardia forma el cuarto, salvo, sin embargo, las modificaciones necesarias en el caso de que la columna se componga de mayor número de batallones. El frente de la derecha y el de la izquierda colocan cada uno una compañía á diez pasos, delante de la derecha y de la izquierda de la primera fila de caballería. El centro de esta arma está guardado por el mismo.

Las tiendas de los oficiales deben estar á diez pasos á retaguardia de la tropa; el Estado mayor general á cincuenta pasos y delante del primer frente; los zapadores de ingenieros, entre el Estado mayor y el primer frente; la artillería á la derecha, y á diez pasos del Estado mayor; el tren de equipajes, del lado opuesto á la artillería; la ambulancia, á treinta pasos á retaguardia del Estado mayor; la compañía sin saco, entre la ambulancia y el Estado mayor; el gran convoy, á cincuenta pasos á retaguardia de la ambulancia; la administracion y los gomus detrás del convoy.

Todas las llamadas deben partir del cuartel general, é ir precedidas de tres llamadas pequeñas.

Sucede muchas veces, que apenas llegan los soldados al vivac, se alejan á una distancia muy grande, bien en busca de forraje, ó bien para buscar leña. Es muy esencial que estas obligaciones se hagan con el mayor orden; los hombres no deben jamás dejar el campo sin sus armas. ¡Cuántas veces no nos hemos visto obligados á volver á empezar las hostilidades para ven-

gar asesinatos que, aunque aislados, no podian ni debian quedar impunes!

Es materialmente imposible ejercer una vigilancia entera, completa; las recomendaciones, las órdenes son inútiles, el mejor medio es hacer esparcir por el campo el rumor de que uno ó muchos hombres han sido asesinados sorprendidos por el enemigo á una gran distancia del campo, teniendo cuidado de enviar algunos sphays ó exploradores disfrazados que harán disparos de pólvora sobre los aislados.

No tardaréis en obtener el mejor resultado, libraréis así la vida de algunos hombres, y la necesidad de castigar tribus con frecuencia inocentes, porque la mayor parte de las veces los culpables son merodeadores aislados, siempre en acecho para sorprender al soldado, y que desaparecen sin dejar huellas; despues de haber cometido el crimen, nadie los puede coger porque no pertenecen casi nunca á las tribus sometidas, sino á las que, no habiéndose sometido aun, emplean este medio para haceros dudar de la buena fé de vuestros nuevos aliados, escitar vuestra desconfianza y haceros perder tiempo en pesquisas siempre infructuosas, y que la mayor parte de las veces os arrastran á castigar las tribus de cuya fidelidad sospechais.

Es muy esencial que desde la instalacion del vivac, el oficial de Estado mayor encargado de la topografia, se adelante una ó dos leguas para reconocer el camino que se tiene que recorrer al día siguiente, á fin de poder salvar los obstáculos desde el primer momento, si es aun bastante de día, ó al siguiente antes de la partida, y que la columna no se detenga en el momento de dejar un vivac.

(Se continuará.)

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

La luz, la vista y los instrumentos ópticos.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En el artículo primero inserto, con el mismo proemio que acabamos de escribir, en el número 47 de este SEMANARIO, espusimos algunas consideraciones sobre la luz, la vista y los instrumentos ópticos, cuya importancia procuramos demostrar, indicando con suma brevedad el valor científico del microscopio y del telescopio, creaciones de la ciencia y elementos poderosos de sus progresos actuales y futuros. Hoy, antes de entrar de lleno en el estudio de la luz y de sus fenómenos, de la vista y de su estructura, y de dar á conocer los principales instrumentos ópticos, nos ocuparemos del estereoscopio, de ese aparato mágico que se encuentra actualmente en todas partes, y ante cuya irresistible ilusion no hay nadie que, admirado y sorprendido, no anhele conocer cuáles son las causas que originan el que, espuesto en el estereoscopio un doble dibujo y al aplicar ambos ojos á sus dos tubos, adquiera relieve aquel y se transforme realmente en una obra de escultura, realizándose por completo la denominacion de dicho instrumento, puesto que, segun la etimologia griega, quiere decir estereoscopio, *vision en relieve*.

Todos los objetos de la naturaleza que repro-

duce el pincel, el lápiz y los variados instrumentos con los cuales el hombre ha conseguido que la luz del sol los ofrezca con completa semejanza, adquieren representacion natural y estatuaría, espuestos en el estereóscopo. En cada uno de los ojos del observador, que aplica su vista al instrumento, proyecta la esposicion de un doble dibujo ó de una pintura duplicada la misma sensacion que originaria en aquellos la vision personal ó natural de los objetos dibujados.

¿Cómo podemos esplicarnos las causas que originan el sorprendente y mágico efecto de los estereóscopos? Antes de contestar, en cuanto nos sea posible, á la pregunta que acabamos de consignar, es indispensable sentar nuevamente una verdad, siquiera sea generalmente sabida. En los nuevos descubrimientos que se suceden, en los progresos que surgen, los hechos comprobados, los adelantos tangibles se admiten por la generalidad desde luego, sin inquietarse por conocer las causas de los primeros, ni las teorías sobre las cuales se apoyan los segundos. Todos gozamos de los efectos que produce el estereóscopo; todos aplaudimos esos paisajes en los cuales renace la animacion de la naturaleza; en los que toman cuerpo los objetos, y guardan distancia los detalles; todos gozamos en ver los retratos y grupos de nuestras familias al través del estereóscopo, tal como si natural y distintamente existiesen ante la vista, y todos, por último, al contemplar un dibujo industrial, la copia de uno de los fenómenos de la naturaleza ó la representacion de un objeto artístico, vemos al fijar los ojos en los tubos oculares del estereóscopo, los engranes que giran sobre sus ejes, las palancas que mueven sus brazos, las nubes que colora la aurora boreal con mágicos colores, la habilidad y la inspiracion del artista, vigorosa y elocuentemente traducida por su mano, sin pretender conocer en qué estriba el enigma misterioso que tales emociones nos proporciona. Pase-mos á explicarlo en breves palabras.

Al contemplar un objeto, los dos ojos no perciben del mismo una imágen completamente igual, puesto que para cada uno de ellos existe una perspectiva diversa, porque cada uno posee su eje óptico, y la diferencia entre las dos perspectivas, á las cuales nos contraemos, es la que nos hace apreciar el relieve de los cuerpos. Por lo tanto, este mismo hecho existirá si por medio de dos dibujos diferentes, tomados segun puntos de vista adecuados, introducimos en cada uno de los ojos las mismas imagenes que actúan sobre él, al contemplar verdaderamente el objeto real, reproducido por los dibujos espuestos en el estereóscopo. En otros términos: en este aparato, la ciencia despues de estudiar el fenómeno de la vision, ha encontrado el secreto de que el instrumento actue sobre la vista de la propia manera que la naturaleza lo efectúa. ¿Qué mucho, pues, que las sensaciones, que la percepcion y todas las propiedades que siente la vision al admirar un paisaje, nos las reproduzca el estereóscopo, si reproduce la naturaleza en sus manifestaciones mas sorprendentes? ¿Cómo admirarnos de que un instrumento, que es el fiel espejo de la verdad, sea verdad en el conjunto y en los detalles que nos ofrece!

Antes de pasar á ocuparnos del *luminico*, de ese agente que origina la vision, y en la natu-

raleza miles de fenómenos dignos de estudio, consignaremos el nombre de los dos sábios ingleses á los cuales somos deudores del estereóscopo. A Mr. Wheatstone, célebre por otros varios descubrimientos de primer orden, se debe el descubrimiento del estereóscopo, ó mejor dicho, del fenómeno que produce, puesto que Mr. Brewster es el verdadero autor del estereóscopo con tubos oculares, y tal cual hoy se encuentra en nuestras manos.

La luz, es el efecto del *luminico*, ó sea del agente al cual nos hemos contraído en el párrafo anterior, denominándose *óptica* la parte de la química que se ocupa del estudio de la luz. El germen de luz mas poderoso que existe es el sol; las estrellas fijas tambien la emiten; pero á causa de la distancia enorme á que se encuentran de nosotros, solo recibimos de ella una pequeña cantidad. La luz se desprende en la combustion de los cuerpos; en la reunion de las electricidades contrarias; originándola igualmente varios aparatos galvánicos. Los cuerpos iluminados son visibles al reflejar la luz, aunque no sean luminosos: presentemos como ejemplo los planetas y la luna que reciben la luz del sol. Se dice que un cuerpo permanece en la sombra ó en la oscuridad, cuando se halla fuera de la accion de la luz: esta se trasmite de un punto á otro al través del vacío y de los cuerpos, propagándose en linea recta cuando atraviesa un medio homogéneo. Se denomina radio de luz, la linea recta á la que acabamos de contraernos, y segun la cual, se propaga.

Antes de internarnos mas en la esposicion de los principios que se contraen á la luz, daremos á conocer las diferentes teorías que se han asentado para esplicar sus fenómenos; una de ellas, formulada por Newton, denominada teoria de las *emisiones*, consiste en admitir que los cuerpos luminosos emiten en todas direcciones y en forma de moléculas estremadamente pequeñas, una sustancia dotada de potentosa velocidad, que origina al penetrar en el ojo y al actuar en la retina, los fenómenos de la vision. La segunda hipótesis ó teoria, mas moderna que la anterior, y que hoy admiten todos los físicos, conocida por teoria de las *ondulaciones*, supone que las moléculas de los cuerpos luminosos se hallan animadas de un movimiento vibratorio infinitamente rápido que se comunica á un fluido muy sutil, llamado *éter*, en el que se producen las ondas que propagan la luz, de una manera idéntica á la que originan las ondas sonoras para propagar el sonido al través del aire.

La velocidad con que se propaga la luz es tan rápida, que ha sido imposible aceptar las distancias de que podemos disponer en la tierra para que nos sirviesen de medida, habiendo tenido que recurrir los físicos que han tratado de medir la velocidad de la luz, á la observacion de los fenómenos astronómicos, como lo efectuó Rømer, que fué el primero, en el año de 1678, en deducir la velocidad de la luz, observando los eclipses de uno de los satélites de Júpiter. Resulta de las observaciones de Rømer, que la luz recorre por segundo 54.766 leguas, ó sean aproximadamente 77.000 leguas de las de 4.000 metros. Sentado este dato, para apreciar la magnitud de las distancias que separan los cuerpos que pueblan el espacio, diremos que, á pesar de la prodigiosa

velocidad de la luz, cuando vemos salir al sol, hace ya ocho minutos y trece segundos que se encuentra en el horizonte. Las estrellas mas cercanas á la tierra se hallan á una distancia doscientas mil veces mayor cuando menos, que la que nos separa del sol; y la luz que nos envían, tarda en llegar á nuestros ojos mas de tres años. Si con el auxilio del telescopio nos fijamos en la multitud de estrellas cuya existencia no descubre la vista, y averiguamos la distancia inmensa que de ellas nos separa, al calcular lo que su luz tarda en llegar á nuestro planeta, á pesar de su maravillosa velocidad, nos encontramos con que es preciso el concurso de millares de años. ¡Sublime y sorprendente aritmética, que prueba el poder y la sabiduria de su Creador!

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

El *Inválido ruso* publicó dias pasados un artículo bastante duro contra la Francia y el Austria, á las cuales acusa de formar un diunvirato para embrollar las cuestiones, mejor que para resolverlas. El citado periódico termina su artículo con estos prudentes consejos á la diplomacia, que tanto los necesita: «Todo se espera del futuro Congreso; así, os pedimos, señores diplomáticos, que dejeis el camino trillado y los sistemas de medidas á medias, provisionales y de concesiones; que os guieis en adelante por la opinion pública, y no por la voluntad de los diunviros. Ya es tiempo de consolidar la paz de Europa sobre bases sólidas, y tiempo de dar á las fuerzas intelectuales de la humanidad un desarrollo completo, sin detenerse en tal ó cual artículo de los antiguos tratados.»

¿Quién reconocería en este tan liberal y previsor lenguaje el artículo de un periódico ruso? ¿Qué diferencia tan inmensa y consoladora, entre la Rusia del emperador Nicolás y la Rusia de su hijo, el inteligente Alejandro II!

El *Morning-Post* ha publicado recientemente un importante artículo sobre armamentos, y añade que es falso que la mision de Cowley haya sido para proponer el desarme, segun se ha dicho. Sin embargo, da por segura la próxima reunion del Congreso, pues se espera que el espresado diplomático haga desaparecer una ligera divergencia de opiniones.

El general Garibaldi, antes de marchar de Niza para Génova, arengó desde un balcon á los habitantes de la primera de las dos citadas ciudades. Una correspondencia de Niza dice que el sentido exacto de la breve alocucion pronunciada por el leal caudillo de la causa italiana, es el siguiente:

«Queridos nicenses: Os estoy profundamente reconocido por la simpatia que me manifestais. Es para mi la mayor felicidad, y estoy orgulloso de pertenecer al pueblo de Niza. Os doy gracias de todo corazon. Desde hace muchos años he peleado con la mayor adhesion por la libertad de la Italia: aun no ha terminado todo, y estoy dispuesto todavia á volver á tomar las armas por esa noble causa.

»Demos gracias á la Providencia de que nos haya deparado un hombre que ha vengado á veinte generaciones: unámonos á él; la época actual produce escasamente hombres tan gene-

rosos como Víctor Manuel. No soltemos las armas en tanto que haya una pulgada de terreno oprimido en Italia.

«Queridos nicenses : Os repito las gracias por vuestros testimonios de simpatía, y me felicito de ser contemporáneo de esa juventud de Niza, que hará, según espero, por la independencia italiana, tanto como cualquiera otra provincia de Italia. Adios.»

Escriben de Turin que el conde Cavour y Desambrois representarán la Cerdeña en el Congreso. Según noticias recibidas de la misma capital, el acuerdo de los gobiernos de Inglaterra y Francia, en la cuestión italiana, tiende a asegurar indudablemente la independencia de Italia.

El *Times* discurre acerca de las razones en pro y en contra de la participación de Inglaterra en el Congreso, y se decide por la afirmativa. En rigor, es lo más acertado que podía hacer, pues el Congreso se hubiera celebrado lo mismo con la asistencia de la Inglaterra, que sin ella. La Inglaterra hace en esta cuestión, de la necesidad virtud, como vulgarmente se dice.

El *Morning-Post* asegura que la alianza y buena inteligencia entre los gobiernos francés e inglés, asegurará la independencia de Italia, que no ha podido conseguirse por medio de la guerra.

El lenguaje de los dos citados periódicos y el de sus colegas en general, es mucho más moderado desde la llegada a Londres de lord Cowley, con relación a la Francia.

El *Nord* desmiente los rumores de que la Rusia se proponía provocar en el próximo Congreso una revisión de los tratados que pusieron fin a la guerra de Oriente.

El gobierno austriaco ha enviado órdenes a su embajador en Constantinopla, para que apoye al embajador de Francia en la cuestión relativa al istmo de Suez. La misma orden ha enviado el gobierno británico a su representante en Turquía; lo cual, en concepto de muchos, prueba que ha desaparecido el desacuerdo en que se hallaban los dos miembros más importantes del espresado gobierno.

La Toscana ha dejado de oponerse a la regencia de Mr. Buoncompagni. Farini y Ricassoli se conservan en los puestos que ocupan. Entre los últimos nombramientos de gobernadores, figura el de Villamarina para Milan. La noticia de la reunión del Congreso ha circulado ya por toda Italia, habiendo calmado un tanto los ánimos, que habían creído interminable esta cuestión por los pareceres y los intereses encontrados de las grandes potencias.

De Roma escriben que el cardenal Antonelli es el candidato que reúne más probabilidades de representar a Roma en el Congreso.

En Nápoles no cede la oposición suscitada contra los proyectos que se propone plantear el ministerio. La situación política de dicho país es harto triste.

El *Diario oficial* de Roma dice que algunos periódicos exageran las reformas que prepara el gobierno pontificio. Por nuestra parte, siempre hemos creído que, en efecto, había esa exageración, y que, a despecho del gobierno francés, la corte de Roma se negará a hacer las reformas que se le aconsejan.

Parece inminente un rompimiento entre Prusia y el Hesse-Electoral, porque aquella potencia

apoya a los pueblos que piden el restablecimiento de la Constitución de 1832.

El *Nord* de Bruselas dice que el príncipe Gortschakoff representará a la Rusia, en el Congreso.

El prefecto político encargado de la dirección de seguridad general, dice, por medio de una nota inserta en el *Monitor*, que es inexacto que la escuadra francesa haya bombardeado a Tánger; que lo ocurrido es que habiendo hecho fuego un fortín marroquí sobre un buque francés, este replicó desmantelando el fortín.

Ha habido seis días de terribles tormentas en el mar Negro. Casi todos los buques han sido arrojados sobre las costas, y no bajan de ochenta los que han sido destruidos; el litoral está cubierto de centenares de cadáveres; los bárbaros habitantes de aquellas playas habían acabado de saquear y asesinar a los infelices naufragos que sobrevivieron.

El *Ost-Deutsche-Post*, periódico de Viena, juzga insuficientes las consideraciones en virtud de las cuales el *Monitor* procura tranquilizar a la Francia y al mundo político, relativamente a la misión de Mr. Buoncompagni. El *Morning-Post*, por su parte, no cree ni en la posibilidad de una Confederación italiana, ni en la probabilidad del restablecimiento de los duques. ¡Brillantes preludios, felices anuncios de buena inteligencia, en el futuro Congreso!

El general Garibaldi acaba de dirigir al alcalde de Milan, conde de Belgiogoso, la siguiente carta, relativa a la suscripción para el millón de fusiles:

«Mi querido alcalde : Hacedme el obsequio de decir a la comisión dirigida por vos tan dignamente, que la suscripción para el millón de fusiles, no solo no debe ser suspendida, sino que por el contrario, debe activarse; pues si yo me he alejado de un puesto en que no podía permanecer honrosamente, no por esto me separaré de la causa que es el culto y la religión de toda mi vida. Además, no teniendo hoy ninguna ocupación militar, podré emplear el tiempo en ensanchar y propagar una obra que ha encontrado una simpatía universal.

«Soy, etc.—GARIBALDI.»

Dice la *Gaceta de Colonia* que sigue la agitación en Hungría, y que la súbita prisión del anciano obispo de Munkacs ha producido un inmenso disgusto.

El ministerio se ha constituido en Dinamarca, según despachos recibidos de París, bajo un color semi-democrático.

Mr. Lesseps, el infatigable promovedor de los trabajos del istmo de Suez, ha sido acogido por el gobierno turco con la mayor benevolencia, lo cual constituye un nuevo descalabro de la política inglesa.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por el ministerio de Gracia y Justicia se han dictado algunas resoluciones respecto de la consulta hecha por la Ordenación de pagos del mismo ministerio, sobre si debía abonarse medio sueldo a los abogados fiscales sustitutos que entren a suplir a los propietarios durante el tiempo de vacaciones, así como sobre si correspondía igual de-

recho a los sustitutos de los secretarios de gobierno de las audiencias.

—El domingo tuvo efecto en Madrid el sorteo general para la quinta de 1860.

—Anuncia uno de nuestros colegas que van a introducirse algunas modificaciones en la parte material y confección de la *Gaceta de Madrid*, añadiendo que no será difícil una variación en el tamaño de la misma, dándole una forma parecida a la que tiene el *Diario oficial de las Sesiones de Cortes*, y la variedad en su extensión que reclame el servicio público.

—Verificadas durante el mes de noviembre que acaba de terminar las primeras subastas, resulta haberse vendido solo tres solares de los correspondientes a la reforma de la Puerta del Sol. Espérase, sin embargo, que en las segundas, próximas a verificarse, se presenten compradores para la mayor parte de aquel terreno, y que en la primavera inmediata podrá principiarse la construcción de los nuevos edificios.

—Ya ha terminado S. M. sus piadosas visitas a los templos donde existen imágenes de su particular devoción, ante las cuales ha orado prosternada para alcanzar un alumbramiento feliz y el triunfo de las armas españolas en Africa. En cada iglesia ha dejado S. M. 10,000 rs. de limosna.

—Para atender al mejor servicio del público, se ha mandado que cuando los carruajes destinados a la conducción de viajeros sean arrastrados por seis caballerías, enganchadas dos en lanza y una en potencia, y las otras dos en la bolea, no se exija que vayan con delantero; pero que se obligue a las empresas a ponerlo, siempre que las caballerías vayan dos en lanza, dos en bolea y dos delante, ó por regla general, cuando sean tres ó más en reata. Las infracciones de esta disposición se castigarán con la multa de medio a cuatro duros.

—El Consejo de Administración de la Compañía de los ferro-carriles de Madrid a Zaragoza y Alicante ha resuelto emplear todos los medios que estén a su alcance para ayudar a la justicia en el descubrimiento y castigo del autor del horrible atentado cometido en la noche del 28 de noviembre último por el levantamiento de un carril en las inmediaciones de Almansa, kilómetro 352, ha acordado, entre otras medidas, dar una recompensa de mil duros, a quien, por denuncia pública ó reservada, facilite los datos e indicios suficientes acerca del perpetrador ó perpetradores de crimen tan espantoso, a condición de que la persona ó personas designadas como delinquentes merezcan una condena judicial por consecuencia de estas revelaciones.

Las denuncias se dirigirán en Madrid al director general de la Compañía, estación de Atocha, y en Almansa al jefe de la estación.

El mayor sigilo se guardará respecto de la persona que preste este importantísimo servicio.

—Cuatro son las obras que se han presentado para optar a los premios de bibliografía y biografía que anualmente adjudica la Biblioteca nacional. Darémos noticia a nuestros lectores del fallo del tribunal cuando este sea conocido.

—Accediendo S. M. la Reina a lo solicitado por D. Pablo Barrera, D. Ramon de Boladeres y don Cayetano Oliveres y Matheu, ha tenido a bien autorizarles, por el término de un año, para ve-

rificar los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Cervera y pasando por Agramunt, Artesa de Segre, Balaguer, Tremp, Talarn, la Pobla de Segur, Gerri, Sort y Esterry, termine en la frontera en direccion á Tolosa de Francia.

—Continúa publicando la *Gaceta* exposiciones á S. M. de los obispos y cabildos de varias diócesis. Ultimamente han aparecido, una del obispo de Menorca, otra del vicario capitular de Tortosa, otra del obispo de Mondoñedo, otra del cabildo catedral de Orense, otra del obispo de Teruel y otra del vice-comisario de la obra pía de los Santos Lugares, rector de la real iglesia de san Francisco de esta corte.

—Dicen de Tarragona, con referencia á personas bien informadas, que la proyectada línea de vapores para el tránsito de pasajeros y mercancías desde aquel puerto á los de Liverpool y Londres, con escala en todos los puntos importantes del litoral, es cosa decidida. Para su realizacion, solo se aguarda que dichos buques concluyan la contrata que tienen con el gobierno.

—Las obras de la fortificacion del puerto de Barcelona van avanzando notablemente. La estensa bateria levantada á flor de agua cerca de la puerta de D. Carlos, se encuentra ya casi completamente artillada. Las del muelle nuevo van adelantando tambien en la construccion del polvorin y del cuerpo de guardia.

—A medida que adelanta la restauracion artistica de la fachada principal del palacio de la Diputacion de Barcelona, cuya importante obra se verifica bajo la entendida direccion del señor arquitecto D. Francisco de Paula del Villar, el público contempla ya con sorpresa el buen efecto que ha de producir, mayormente cuando van apareciendo de hermoso mármol los frisos, cornisas y chapiteles de las pilastras que aparentaban ser de piedra labrada. El referido edificio, cuando hayan desaparecido los balcones y se hayan colocado en él los balaustres, aparecerá como una obra nueva, al par que notable por su bella perspectiva. Creemos que pronto se anunciará la su basta para la construccion de la estatua de san Jorge, que debe colocarse en la especie de nicho destinado para la misma sobre la puerta de entrada.

—Con motivo del fallecimiento del margrave Guillermo Luis Augusto de Baden, tio de S. A. R. el Gran Duque de Baden, S. M. la Reina y la corte han vestido luto durante ocho dias.

—Han sido robados unos ocho mil duros de la tesorería de Tarragona. Se hacen las mayores diligencias para descubrir á los autores de este crimen. El robo se ha verificado escalando un balcon.

—Se han verificado, con arreglo al reglamento, las elecciones generales para la Junta directiva que ha de regir los asuntos del casino del Príncipe, en el próximo año de 1860. Los señores socios, dando una muestra del beneplácito con que han visto el celo é inteligencia que han demostrado en el ejercicio de sus cargos los señores que componen la actual Junta directiva, volvieron á depositar su confianza en los señores general Córdoba, reelegido presidente; Balló y Gutierrez de la Vega, subdirector y secretario de la nueva Junta; siendo nombrados además directores los Sres. García Miranda y Solís, tesorero el Sr. Orveta, y contador el Sr. Imaz.

—El domingo 4 se dió posesion en la Academia de Nobles Artes de su plaza de académico, al conocido arquitecto D. Nicolás Gato de Lema. Pronunció un notable discurso, al que contestó con su acostumbrada elocuencia el señor marqués de Molins.

J. NOMBELA.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DE NOVEDADES.—**POETA Y SUEGRA** EN GUERRA, comedia en tres actos y en verso, original del Sr. García del Canto.—**TEATRO DEL PRÍNCIPE.**—**LA ESCUELA DE LAS MADRES**, drama en tres actos y en verso, original del Sr. D. Juan Rico y Amat.—**UN SISTEMA MARITAL**, pieza en un acto traducida del francés.—**PLAZA SITIADA**, proverbio en un acto, original y en verso.—**TEATRO DEL CIRCO.**—**UN PROBLEMA DE LA VIDA**, drama en tres actos y en verso, original del Sr. Auset.—**TEATRO DE JOVELLANOS.**—*Fiasco de UN PROCONSUL.*

De tres producciones, y todas tres originales, tenemos que dar cuenta esta semana á nuestros lectores. Titúlase la primera *Poeta y suegra en guerra*, que, como indica su título, no es otra cosa que un mal cuadro de costumbres, en el que, despues de cuatro disparates dichos en verso, mas disparatados aun, cae el telon sin haber dejado en el espectador otra cosa que un verdadero disgusto por haber perdido un tiempo precioso, que podia haber empleado en cosas mas útiles y provechosas. En efecto, *Poeta y suegra en guerra* no tiene ni aun el triste privilegio de distraer: decimos mal, en esta produccion tuvimos el singular placer de ver al Sr. Repullés, primer actor y director del teatro de Novedades, tocar el violin y entonar la moderna cancion de la *Atala*, al rumor de los aplausos de media docena de personas, únicas que en la indicada noche asistieron á esta distraccion de familia. Pero dejemos al Sr. Repullés que rasque las cuerdas de su violin, y á la señora Bardan que le acompañe tocando la guitarra, y hablemos de cosas mas graves, y sobre todo, mas útiles á la literatura dramática.

Con una concurrencia tan brillante como escogida, inauguróse últimamente en el coliseo del Príncipe el drama del Sr. Rico y Amat, titulado *La Escuela de las madres*.

El pensamiento moral de esta obra, eminentemente cristiano y consolador, está basado en que la buena madre no solo ha de ser una mujer honrada, sino que necesita además ser tan intachable y ejemplar en sus costumbres, y de una conducta tan irreprochable, que se la tenga por una santa. El Sr. Rico y Amat que, como se ve, pertenece á la escuela que llaman realista, y que es la antítesis de esos dramas contemporáneos, en los que aparece embellecido el vicio y arrinconada la virtud, ha ido, á nuestro parecer, demasiado lejos en su puritanismo dramático-moral (y permítasenos la frase) basando la accion del drama en una falta tan exageradamente leve, que produce precisamente todo el efecto contrario del que el autor se propuso al escribirlo. Hé aquí en pocas palabras el argumento de esta obra.

Una honrada madre de familia ha cometido, en

un momento de impremeditacion, la falta de escribir á un amante, dándole una cita para el teatro; empero aun no se ha secado la letra de esta carta, y ya la mujer se ha arrepentido; es decir, que no acude á la cita, y que el amante, en su despecho, guarda esta carta, que por otro lado ni tiene fecha ni direccion, para atormentar á la pobre madre, que por un encadenamiento de sucesos llega á ser tan infeliz como si hubiera sido adúltera, destruyendo la paz doméstica, esponiendo la vida de su hijo, y siendo causa de que su esposo vaya á suicidarse.

Hé aquí el cuadro sombrío que nos presenta el autor, basado si se quiere en una falta, pero tan hiperbólicamente leve, volvemos á decir, que todo el drama, sostenido en situaciones falsas é inmotivadas, y rodeado de accidentes poco naturales y verosímiles, viene á desmoronarse por su base desde el momento en que le falta el punto de apoyo sobre que debiera girar. De todo lo cual se deduce que el autor, si bien con una intencion sana y laudable, solo ha querido protestar contra esa escuela de las Dalilas y Traviatas, y llevado de su buen deseo, ha dado precisamente en el extremo opuesto, mostrándose duro é intransigente hasta con las faltas mas leves, en vez de predicar la mansedumbre y el arrepentimiento. Pero si el drama del Sr. Rico y Amat adolece de estos defectos en el fondo, no sucede así con la bellísima forma literaria que ha sabido darle, vistiéndole con un tan magnífico ropaje de poesia, que desde las primeras escenas interesa y cautiva el ánimo del espectador. Correccion de lenguaje y pureza de estilo, soltura, elegancia y flexibilidad en el decir: hé aquí una muestra de lo que vamos diciendo:

RIC. Otra pasion acendrada
ahogo yo.

CARV. Eso es comparar
las aguas de un lago al mar.

RIC. Tiene usted razon sobrada,
su amor es el Océano,
que proceloso y artero,
abre siempre al marinero
su tumba, tarde ó temprano.

El mio es un lago puro,
por cuya mansa corriente
se desliza dulcemente
la vida á puerto seguro.

No, no es amor la pasion
insaciable como ardiente,
que atosigando la mente,
atormenta al corazon.

Esa vive en el vacío,
aunque el corazon abrasa,
dejando por donde pasa
la deshonor y el hastio.

Entre una y otra pasion
pone el amor un abismo.
La suya es el egoismo,
la mia es la abnegacion.

La suya es luz de un momento,
que en los sentidos se apaga,
dejando la sombra vaga
de amargo remordimiento.

CARV. No; que es luz cuyo fulgor
alumbró un altar aquí.
(Señala el pecho.)

RIC. No profane usted así

la santidad del amor.

Ahí no hay nada : esa pasión,
que usted por Sofía siente
nació y existe en su mente
sin bajar al corazón.

De amor puro y verdadero
nunca ha sentido la llama,
y cuando dice que *ama*
solamente dice *quiere*.

Usted por desgracia ignora
lo que es ese sentimiento,
que sublima el pensamiento
y el corazón atesora.

Ese es amor que ennoblece,
que se siente y no se explica,
que lo malo purifica,
que lo pequeño engrandece.

El endulza la existencia;
del alma es grato consuelo;
pura emanación del cielo,
de los ángeles herencia.

Y ese amor casto y profundo
que forma un alma de dos,
es la bendición de Dios;
es la redención del mundo.

En la ejecución de este drama, que tuvo un éxito bueno para el autor, se distinguió el Sr. Catalina en el papel de Ricardo, diciendo admirablemente los versos que mas arriba hemos citado, y mereciendo por ello justos y merecidos aplausos. Los demás actores contribuyeron al buen éxito, poniendo en el desempeño de sus respectivos papeles todo el esmero posible.

En este mismo teatro se han estrenado últimamente dos piezas en un acto: la primera, traducida del francés con el título de *Un sistema marital*, era ya conocida del público, por haber visto otra traducción, que hace cinco ó seis años se hizo de ella en el teatro de Lope de Vega con el título de *Nuevo sistema conyugal*, y cuyo traductor, si la memoria no nos es infiel, fué el señor Alverá Delgrás. Si todas las novedades que el señor Mariano Fernandez nos presenta son de esta calaña, desde ahora auguramos á la empresa un descrédito, del que no la sacarán seguramente ni *Las Tramas de Garulla*, ni *Trapisondas por bondad*, piezas ambas que parece ha estereotipado el señor Mariano Fernandez en los carteles de este teatro, cada vez que trata de sacarle de un apuro.

Véase en prueba de lo que llevamos referido, lo que decía uno de nuestros colegas de Madrid al dar cuenta al día siguiente de la pieza á que nos vamos refiriendo:

«Anoche nos ofreció el Príncipe dos piezas en un acto, traducida la una, y original la otra.

»La traducida, que se titula *Un sistema marital*, tiene un fondo y una superficie de un verde demasiado subido. Hay tres galanes que andan á caza de una mujer casada, yéndola uno tan á los alcances, que á no ser por una carta que la casualidad, protectora del marido, se encarga de traer á la escena, el desenlace hubiera sido..... Corramos un velo sobre esta traducción, y pasemos á la original, lamentando que haya escritores que se empleen en darnos á conocer semejantes indecencias literarias.....» y actores que los apadrinen, añadimos nosotros.

De índole enteramente distinto el proverbio

original que se puso después en escena con el título de *Plaza sitiada*..... obtuvo un éxito muy lisonjero para su autor, cuyo nombre sentimos no recordar en este instante. Su argumento, en extremo sencillo, pero muy bien versificado, logró escitar á cada momento la hilaridad de los espectadores, que llamaron á su autor al palco escénico, como igualmente á los actores. Verdad es que este proverbio fué desempeñado admirablemente por los Sres. Catalina, hermanos, y la Srta. Hijosa.

El teatro del Circo, que desde que soltó la cuerda de la Campana ha vuelto á caer en una postración lastimosa, nos ha dado últimamente el drama en tres actos y en verso, original del señor Auset, según dicen los carteles, titulado *Un problema de la vida*. Esta producción, de la misma índole que *El Paraíso perdido*, del Sr. Cisneros, i bien presentada bajo distinta forma, tiene por objeto hacernos conocer que el problema de la vida, que los filósofos han dado en llamar felicidad, no consiste ni en los honores, ni en la nobleza, ni en el dinero, y que para hallar esa especie de fantasma *insaisissable*, como dicen los franceses, solo debe buscarse en la tranquilidad del hogar doméstico, y en medio de las dulzuras de una honrada y modesta medianía. De este modo lo resuelve el Sr. Auset, y nosotros, que ni somos pesimistas, ni nos aquejan, á Dios gracias, ambiciones de ninguna clase, estamos en un todo conformes con esta solución.—El público hizo justicia, no solo á la moralidad de la obra, sino también á la corrección y esmero con que está escrita, llamando al autor al proscenio á la conclusión, y el cual tuvo la increíble modestia de no presentarse, cosa digna de especial mención en los tiempos de pretensiones y de orgullo literario que vamos alcanzando.

En la ejecución de esta obra se distinguieron el Sr. Valero, que caracterizó con admirable exactitud á un alcalde de pueblo, y la Teodora Lamadrid, que fué aplaudida estrepitosamente en el acto segundo.

Se nos olvidaba decir que el Sr. Ortiz continúa declamando en ese tono lúgubre y semi-profético que ha adoptado desde que en mal hora hizo el profeta Daniel en *Baltasar*.—Por su bien deseamos que se corrija.

Por último, dejaremos consignado, antes de concluir esta revista, el completo fiasco que en el teatro de Jovellanos obtuvo la zarzuela titulada *Un procónsul*, representada entre la mofa y chacota de los espectadores. Nació y murió en una misma noche entre los trompetazos de la orquesta y los silbidos del público. Séale la tierra pesada.

M. GARCÍA GONZÁLEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Sebastian. Poema original en verso, por J. de AGUILAR. Un cuaderno en 4.º Ciudad-Real, 1858.

Hemos leído la introducción y cinco cantos de la composición que anunciamos, y constituyen la primera parte de la obra, según se desprende de la terminación del último y de la indicación final del volumen. No hallándose terminada, no

podemos, en nuestro modo de considerar semejante clase de trabajos, emitir un juicio general, ni aun acerca de la parte publicada; por tanto, tan solo hablaremos de algunos particulares de la misma, que puedan á la par servir de presunción y esperanzas respecto á los cantos que no han visto la luz pública.

La introducción es caprichosa y llena de bastante sentimiento poético. El canto primero teje una historia demasiado minuciosa del héroe, ó mas bien protagonista, que es persona vulgar, y además de inclinaciones depravadas y no mejores obras. Su narración es lenta y no nos parece corresponder á la elevación de un poema en sentido estricto, como lo da á entender el título. El segundo canto es bellísimo; la imaginación en él realza la poesía, y esta eleva la fantasía: el número del poeta le hace crear risueñas perspectivas, variar el metro con oportunidad y gracia, expresar los afectos con facilidad, energía y simpáticos acentos: es el ambiente de la naturaleza, que penetra en el santuario de la sensibilidad; la razón, que no se atreve á discernir los decretos de la sabiduría increada; es también el delirio del amor, la vaguedad del deleite, la etopeya de una transmigración desconocida y voluptuosa. Todo esto, aunque poco evangélico, cabe hasta aquí en la persona y carácter moral de Sebastian, el cual, después de haberse afiliado en la carrera del crimen, vuela al otro hemisferio, para huir la memoria de un asesinato y hallar en lejanas tierras nuevos deleites, nuevas sensaciones, la riqueza sobre todo, que es el ídolo de sus conatos, el dios de su conciencia. Los otros dos cantos nada encierran que no pertenezca al carácter de los que acabamos de reseñar. Ya se ofrece la humilde rusticidad, el egoísta sensualismo del criminal sin principios, ya entra la imaginación á enseñorearse en el océano sin límites de los conceptos puros, de las fantásticas creaciones, de las pinturas atrevidas, aunque verosímiles. Por lo que hace á la parte de la ejecución material, pondríamosle algunas tachas, á no estar persuadidos de que ciertas faltas en algunos versos solo han sido inadvertencias, no culpables en el autor, otras errores tipográficos, y las mas licencias, con algunas de las cuales no estamos conformes, sea dicho de paso, como sucede con ciertas estancias de siete versos, intercaladas entre las octavas de un mismo trozo poético. El tercer canto supone ya á nuestro héroe oficial del ejército, después de haber sentado plaza, y haber abandonado á la mujer que hacia agradable su existencia, apareciendo en un festín en celebridad del ascenso, después de cuya reunión ú orgía se origina un duelo entre el mismo y un superior. En el cuarto canto condena á muerte la ordenanza al subalterno. Con ocasión de la capilla escribe el poeta dignas y memorables páginas, conminando la pena de muerte; mas la inesperada presencia del enemigo, que él se obliga á combatir entusiasmando al soldado, le libra del último suplicio. Este y otros nobilísimos sentimientos y razonadísimas tendencias, mas razonadas acaso de lo que permite la poesía, serian bastantes para hacernos olvidar, para ocultar á nuestra vista otras faltas de forma, si ya en esta misma no se hallaran, como queda indicado, bellezas llenas de novedad y de inspiración, llenas de majestad y grandeza,



Palacio árabe.

cumplidos períodos poéticos, en que se hallan armonizados el fondo y la forma de una manera brillante y natural, bastando ya por sí á pronunciar en pró del mérito del poeta y á acreditar la observacion con que termina esta primera parte, y en que manifiesta que el presente trabajo es una combinacion de fragmentos ó borradores escritos fragmentariamente. Vencedor y ganancioso Sebastian, se abre el quinto y último canto dirigiéndose aquel á Paris, donde se enamora de una donosa y traidora maula, que por disfrutar sus solaces con otro, aleja artificiosamente á su protector Sebastian, el cual, una vez llegado á Marsella, se embarca para la Habana, y cayendo en la travesía en poder de los ingleses, es abandonado en la China, desde donde al regresar á Paris, acontece el naufragio que se narra en el prólogo, y del que solo quedó salvo el protagonista.

Deseamos, en suma, que el resto vea la luz pública cuanto antes, y deseamos igualmente que el autor lo escriba ó haya escrito con detenimiento, y con la animacion y propiedad que se ve sabe imprimir en lo que escribe con entusiasmo y fé en el arte liberal de la poesia.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Histoire et Philosophie religieuse, par M. SAINT-RENÉ TAILLANDIER. Un vol. in-12°; M. Lévy.

¿Habrás de recomendar al público aquel ingenuo y generoso espíritu, que hace descollar desde hace tanto tiempo el superior sentido de su crítica? M. Saint-René Taillandier pertenece á la escuela filosófica francesa de nuestro siglo; y si aun hay en él algo de su timidez, no por eso deja de conservar sus mas nobles aspiraciones. ¿Y cuál es la idea de esta obra? El mismo autor lo espresa en un enunciado muy preciso y lleno de exactitud: «Un sentimiento religioso muy puro, unido á un ardiente amor de la libertad.» Compatibilidad de la religion y de la libertad; tal es la tesis que se esfuerza por sostener y que á las veces mantiene con elocuencia M. Saint-René Taillandier. Propónese el autor un exámen de las cuestiones religiosas en Francia, Alemania, Suecia; pasa de Mr. Quinet á M. Renan, y de M. Gervinus á M. Baur, y en estos estudios sucesivos mueve al lector la propia simpatía, que sinceramente domina al autor, hasta para con aquellas mismas inteligencias que critica.

Souvenirs et réflexions politiques d'un journaliste, par M. SAINT-MARC GIRARDIN, de l'Académie française. Un vol. in-8°; Michel Lévy.

M. Saint-Marc Girardin es uno de los pocos escritores, que pueden hoy dia revindicar en Francia el título de *periodista*, y hacer guardar á este concepto el solemne honor de que pudieran haberle hecho indigno sin número de plumas chabacanas, y vergonzosas pusilanimidades. Este volumen se reduce á la esencia de las páginas publicadas de treinta años á esta parte, por M. Saint-Marc Girardin; y gracias á una precaucion no menos instructiva que ingeniosa, ha agregado el autor á sus pensamientos pasados aquellas reflexiones, que hoy le inspiran los años y la experiencia de los sucesos. A semejante título, nada puede ofrecer mas capital interés que las fórmulas sucesivas de la sincera conviccion de un hombre honrado. M. Saint-Marc Girardin confiesa aqui paladinamente sus pesares y sus esperanzas, y el libro, en suma, es prueba de que no ha quedado ni quedará sin resultado una lucha de tantos años.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
— editor responsable y propietario.

SUMARIO. Ocho dias en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 801.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 806.—Curso familiar de literatura, por Lamartine, pág. 808.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 809.—De la guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 810.—Sección científica, pág. 811.—Crónica estranjera, pág. 812.—Crónica española, pág. 813.—Crítica teatral, pág. 814.—Bibliografía española, pág. 815.—Bibliografía estranjera, pág. 816.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 1859.—Imp. de C. Bailly-Baillière.